Esta es una publicación semestral

REVISTA CAYEY #87 (octubre 2008)

Universidad de Puerto Rico en Cayey #87 (octubre 2008)

REVISTA

Cayey

NÚMERO EXTRAORDINARIO
EN OCASIÓN DEL CENTENARIO
DE JAIME BENÍTEZ

EL P
Salud
JA

PUEBLO DE CAYEY
da a su Hijo Adoptivo
IME BENITEZ
HOTEL
CENTRAL
BELLAS HESS

Directora
Janette Becerra

Dirección artística
Harry Hernández-Tirado

Diagramación digital
Sheila D. Dávila

Autoridades universitarias

Antonio García Padilla
Presidente
Universidad de Puerto Rico

Ram S. Lamba
Rector
Universidad de Puerto Rico en Cayey

Gloria Butrón
Decana Interina de Asuntos Académicos
Universidad de Puerto Rico en Cayey

Junta Editorial

Dr. Antonio Aledo-Tur
Universidad de Alicante
Dr. Guillermo Arias Beatón
Universidad de La Habana
Dr. Javier Ávila
Northampton Community College, Pennsylvania
Dr. Mamadou Badiane
University of Missouri at Columbia
Dr. Phillip Brandenburg
Universidad de Puerto Rico en Mayagüez
Dr. Jorge Capetillo-Ponce
University of Massachusetts Boston
Dr. Alfredo Carrasquillo-Ramírez
Universidad del Sagrado Corazón, Puerto Rico
Dr. Leonel Delgado-Aburto
Universidad Centroamericana, Nicaragua
Dr. Luis Galanes
Universidad de Puerto Rico en Cayey
Dra. Elena González
Universidad de Puerto Rico en Cayey
Dr. Héctor José Huyke
Universidad de Puerto Rico en Mayagüez
Dra. Miriam Lugo
Universidad de Puerto Rico en Río Piedras
Dr. Werner Mackenbach
Universidad de Potsdam, Alemania
Dr. Errol Montes
Universidad de Puerto Rico en Cayey
Dra. Wanda Rivera Rivera
University of Massachusetts Boston
Dr. Edwin Vázquez
Universidad de Puerto Rico en Cayey
Dra. Ana Celia Zentella
University of California at San Diego

©2008. Derechos reservados.
ISSN 0095-4691

Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores o autoras, y prevalecen sus derechos autorales.
Suscripción anual (dos números)
Instituciones: US$25.00 / Individuos: US$20.00
Estudiantes: US$10.00

La ***Revista Cayey***, una revista arbitrada semestral de la Universidad de Puerto Rico en Cayey***,*** divulga trabajos multidisciplinarios e interdisciplinarios de investigación y creación, así como reseñas de libros, en español o inglés.

Instrucciones para el envío de colaboraciones:

1. Todos los textos sometidos a la *Revista Cayey* deben ser inéditos.
2. Se enviará una copia impresa del texto (de un máximo de 25 páginas, incluidas las referencias bibliográficas) en papel 8.5 x 11, a doble espacio, en letra tamaño 12 puntos, fuente Times. Se enviará además una versión digital por correo electrónico o en un disco compacto. La identidad del autor sólo debe aparecer en la página de cubierta.
3. Todo artículo de investigación debe venir acompañado de:
    a. una breve nota biográfica del autor que incluya su nombre, afiliación institucional, dirección postal y electrónica.
    b. un resumen ("abstract") de no más de 150 palabras, en español y en inglés
    c. una lista de cinco palabras o frases clave (no contenidas en el título del artículo), también en ambos idiomas.
    d. la identificación del manual de estilo bibliográfico usado
4. De acuerdo con las distintas disciplinas, el formato bibliográfico de los artículos de investigación puede obedecer a diversos manuales de estilo (MLA, Chicago, APA, CBE, ACS, AMS, AIP, LSA, etc.), siempre que se siga con uniformidad un manual en particular. Sin embargo, se deben observar las siguientes reglas:
    a. Se emplearán bastardillas ("italics"), no subrayado, para títulos de libros y énfasis.
    b. Se emplearán notas al pie del documento ("endnotes"), no al pie de página ("footnotes").
    c. Las referencias bibliográficas se incluirán como lista al final del artículo, no como notas al calce.
5. Las reglas para el envío de reseñas de libros son las mismas que aplican a los artículos de investigación. Las reseñas no deben exceder 1,500 palabras.
6. En caso de que los textos no cumplan con estos requisitos no se someterán a evaluación.
7. Los artículos de investigación y reseñas serán evaluados anónimamente por una Junta Editora que incluye a dos pares externos a la UPR en Cayey. La Junta Editora tomará la determinación final sobre la publicación. Los evaluadores podrían sugerir cambios y/o correcciones, y de éstas ser aceptadas por los autores o autoras, el artículo podría considerarse nuevamente para publicación.
8. Los textos de creación serán sometidos a evaluación por pares, pero no de forma anónima.
9. La determinación final de publicación se notificará al autor o autora por correo electrónico y/o postal.
10. Los colaboradores aceptan que la *Revista Cayey* publicará también sus textos en formato digital en la página electrónica de la Revista, y que puede publicarlos en otros formatos físicos y/o electrónicos, incluido Internet, para efectos de la indización en bases de datos.

Las colaboraciones y toda correspondencia deben dirigirse a: revistacayey@gmail.com y/o
Revista Cayey
Universidad de Puerto Rico en Cayey
205 Ave. Antonio R. Barceló
Cayey, Puerto Rico 00736

(787) 738-2161, extensión 2104
Visítenos en: http://oss.cayey.upr.edu/wpmu/revistacayey

Sumario

***Revista Cayey* #87 (octubre 2008)**

Número extraordinario
en ocasión del centenario del natalicio
de don Jaime Benítez (1908-2001)*

Mensaje de la Decana Interina de Asuntos Académicos
Gloria Butrón

Una llamada de don Jaime
Ram S. Lamba

Jaime Benítez: retórica y vivencias de la Universidad
Margarita Benítez

La semilla de nuestro empeño en la educación integral e integrada:
Un programa de cuatro años en Cayey
Janice Gordils

Don Jaime en mi recuerdo
Rosario Núñez de Ortega

El proyecto universitario del Rector Jaime Benítez y el pensamiento de Ortega y Gasset
Iris M. Zavala

Creación literaria

La casa del almohadón
José A. Rabelo Cartagena

Agradecemos a la Dra. Luz Dary Serrano el acceso a su colección de fotografías de don Jaime Benítez.

*Éste no es un número arbitrado.

Sobre los autores

Margarita Benítez, Ph.D., obtuvo grados universitarios de Vassar College, Middlebury College y Columbia University. Fue rectora de la Universidad de Puerto Rico en Cayey de 1985 a 1994, tras lo cual se trasladó a Estados Unidos para laborar en la *Commission on Higher Education of the Middle States Association of Colleges and Schools* (1990–96), y ejercer varios cargos en el Departmento de Educación de Estados Unidos de 1998 a 2004. Actualmente coordina las iniciativas académicas de la Universidad de Puerto Rico en los Estados Unidos. Ha dictado y publicado múltiples ponencias sobre temas relacionados con la educación superior, acreditación, asuntos de mujeres, literaturas hispánicas y la cultura hispana en Estados Unidos. Además, ha impartido cátedra en Columbia University, Fordham University, SUNY/Albany y varias universidades de España.

Janice Gordils, Ph.D., realizó estudios en Nueva York, Sevilla y Madrid, y se doctoró en Filosofía y Letras de New York University. Ha enseñado Estudios del Caribe y Literatura en Fordham University y en Hunter College of the City University of New York, y es Catedrática de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico en Cayey. Ha publicado ensayo, poesía y cuento (Premio *Plural* 1990) en diversas revistas (*La Torre, Archipiélago, Cupey, ADE, Anales del Caribe, Chicano-Riqueña, Cambio* y otras) y colaborado en varios libros. Sus investigaciones se han centrado en la aproximación sociohistórica a la literatura del Caribe y su diáspora, contándose entre éstas: *La herencia africana en la literatura cubana de hoy, En cadenas vivir: nacionalismo, esclavitud y literatura en Cuba (hasta 1867), y Articulaciones del olvido: oralidad, feminismo y pasión de historia en las narradoras puertorriqueñas*.

Ram S. Lamba, Ph.D. Estudió una maestría e inició sus estudios de doctorado en Química en la Universidad de Delhi. A fines de la década de los 60, se trasladó a Puerto Rico para completar el doctorado en Química en el Recinto de Río Piedras, y posteriormente lo completó en la Universidad de Texas A&M en Commerce. Se desempeñó durante veintiocho años en el Recinto Metropolitano de la Universidad Interamericana de Puerto Rico, donde ocupó diversas posiciones académicas y administrativas. Desde 1998 forma parte de la Universidad de Puerto Rico en Cayey, donde ha fungido como Catedrático de Química, Decano de Asuntos Académicos y, desde febrero de 2006, como Rector. Ha sido autor de numerosos artículos profesionales y de libros relacionados con química y con la enseñanza de química y ciencias. Entre los premios que se le han conferido destacan el *Osvaldo Rodríguez*, del Colegio de Químicos de Puerto Rico, el *Ram Mitra Centennial Award*, en India, el *Catalyst Award* en Estados Unidos y, en 1999, el *Presidential Award for Mentoring in Science, Mathematics and Engineering*. Es el único puertorriqueño miembro titular del Comité de Educación de IUPAC (Unión Internacional de la Química Pura y Aplicada), organismo que agrupa a químicos de todo el mundo. Además es el fundador y asesor científico *ad-honorem* de la organización *Todo Puerto Rico con Vieques*.

Rosario Núñez de Ortega, Ph.D., estudió Filología Románica y un doctorado en Filosofía y Letras en la Universidad de Salamanca. Tras desempeñarse como profesora de Fonética y Gramática Histórica Españolas en la Universidad de Panamá, fue catedrática de Gramática, Filología y Lingüística Hispánicas en la Universidad de Puerto Rico en Cayey y directora de su Departamento de Estudios Hispánicos. Ha publicado diversos artículos en sus área de especialidad, y continúa siendo investigadora en el campo de la lexicografía puertorriqueña. Es autora de *Dígalo bien... que nada le cuesta*, y coautora, junto con la doctora Isabel Delgado de Laborde, de *Los que dicen ¡Ay, bendito!*.

José A. Rabelo Cartagena, M.D., nació en Aibonito, Puerto Rico. Cursó estudios en Ciencias Naturales en la Universidad de Puerto Rico en Cayey, especializándose en Pediatría General (1992) y en Dermatología (2000) en el Recinto de Ciencias Médicas. Fue Presidente de la Sociedad Dermatológica de Puerto Rico (2005-2006). En la actualidad se desempeña como dermatólogo. Publicó su primera colección de cuentos *Los libros de Baltasar* en el 2001, y *Cielo, mar y tierra,* Premio Nacional de Cuento Infantil del Pen Club**,** en el 2003. *Lucero*, su primer cuento infantil, lo escribió a los ocho años, y forma parte de *Cuentos de la fauna puertorriqueña* (2002), obra traducida al inglés bajo el título *Stories of the Puerto Rican fauna*, de Publicaciones Gaviota. En el 2005 inició una maestría en Creación Literaria, dirigida por el prestigioso escritor puertorriqueño Luis López Nieves. En el 2007 concluyó *Cartas a Datovia*, su primera novela, y *Esquelare*s, colección de cuentos para adultos. Actualmente se encuentra completando su tesis literaria.

***Iris M. Zavala*,** Ph.D., es ensayista, crítica literaria, narradora y poeta puertorriqueña. Se gradúa en la Universidad de Salamanca con una tesis sobre Miguel de Unamuno, publicada luego bajo el título *Unamuno y su teatro de conciencia* (1963). Ha dictado cátedra en México, Estados Unidos, Puerto Rico y Europa. En el 2001 le fue conferida la Cátedra UNESCO de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Ha recibido múltiples galardones y reconocimientos por su labor intelectual internacional. Entre sus múltiples publicaciones destacan *Ideología y política en la novela española del siglo XIX* (1971), *Rubén Darío bajo el signo del cisne* (1989), *Escuchar a Bajtín* (1996), *La otra mirada del siglo XX. La mujer en la España contemporánea* (2004), *Breve historia feminista de la literatura española en lengua castellana* (6 vols.), *Leer el Quijote. Siete tesis sobre ética y literatura* (2005), y múltiples artículos de investigación en varios idiomas.

Mensaje de la Decana Interina de Asuntos Académicos

Gloria Butrón

La Universidad de Puerto Rico se convoca a sí misma e invita al país a conmemorar el Centenario de D. Jaime Benítez. Presididos por el Lcdo. Antonio García Padilla, un grupo de personas que sirven a la Universidad en múltiples funciones: profesores, miembros de la Junta de Síndicos, ex rectores, decanos, y amigos, coordina desde diversos ámbitos este homenaje para perpetuar la imagen de este humanista puertorriqueño. Todos tenemos en común el privilegio de haber conocido a Jaime Benítez y de compartir con él el amor por la Universidad.

Artistas, arquitectos, científicos, maestros, ingenieros, abogados, médicos, personas que se han formado en la Universidad o que son parte integrante de ella le rinden su respeto con múltiples expresiones: conciertos, foros académicos, exposiciones fotográficas y hasta esculturas y estructuras conmemorativas, publicaciones en todas las revistas académicas y la Editorial universitaria con una recopilación de ensayos en torno a la obra de Jaime Benítez. En fin, una amplia gama de expresiones culturales de gran envergadura para honrar a quien honra merece.

La Universidad de Puerto Rico en Cayey y, en especial, su gente, se han volcado en esta celebración con una conferencia, con una exposición fotográfica digital, con un "Camino letrado" de pensamientos selectos y con este número extraordinario de la *Revista Cayey*. No podía ser menos, cuando Cayey tuvo el privilegio de gozar de la presencia de D. Jaime desde su fundación hasta después de su retiro, cuando visitaba a su hija, entonces Rectora, y siempre con el mismo entusiasmo universitario caminaba sus verdes veredas con su cabeza ladeada y su mano siempre extendida para saludar a las personas que encontraba a su paso.

Quienes escriben en este número muestran desde sus perspectivas el impacto que su personalidad apasionante tuvo en cada uno de ellos, en sus vidas y en su visión universitaria. Al conmemorar de esta forma el Centenario de D. Jaime Benítez, también celebramos la excelencia de una universidad gestada desde la integración de principios, amores y saberes con la mira puesta en el desarrollo de un joven país. Una universidad que continúa ensanchando horizontes y abriendo caminos de progreso.

Una llamada de don Jaime

Ram S. Lamba
Rector
Universidad de Puerto Rico en Cayey

Llegué a Puerto Rico en 1966 procedente de la India, como uno de los primeros estudiantes admitidos para cursar estudios doctorales en Química en el Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico, y como parte del grupo de estudiantes graduados del laboratorio del Dr. Waldemar Adam, hoy Profesor Emérito. Don Jaime Benítez había sido recién nombrado como el primer Presidente de la Universidad. En esa época había mucha efervescencia relacionada con la guerra de Vietnam y el servicio militar obligatorio, a lo que se unía la implantación de la Reforma Universitaria. Al llegar a Puerto Rico directamente de la India, conocía muy poco de su historia, cultura e idioma. El grupo de estudiantes con el que me relacionaba en el laboratorio del profesor Adam era mayormente internacional: de Taiwán, India, Pakistán, México, Chile, Estados Unidos y, por supuesto, Puerto Rico. Por desconocer el lenguaje, la cultura y la realidad puertorriqueña, además del trabajo intenso que requerían nuestras investigaciones en el laboratorio, nuestra participación en los asuntos de la universidad era limitada.

Un año más tarde tuve un accidente por una explosión en el laboratorio del edificio Facundo Bueso de la Facultad de Ciencias Naturales. Al momento de la explosión, muchas personas pensaron que ésta estaba relacionada con la situación de la universidad. Sin embargo, se debió a que —para tener mayor rendimiento de un compuesto— estaba siguiendo un procedimiento que estaba descrito incorrectamente en una publicación de una revista científica profesional.

Este accidente me obligó a estar más de seis meses en tratamiento en el recién inaugurado Hospital Industrial del Centro Médico y tener que someterme a cinco operaciones en una mano. Me encontraba fuera de mi primera patria, lejos de mi familia, con un conocimiento limitado del español. Es decir, me sentía solo. Me sorprendió agradablemente la cantidad de estudiantes, facultativos y otros amigos que se preocuparon por mí y me visitaban para darme aliento.

Como ocurre en los hospitales, y aún más en el Centro Médico, no había espacio para recibir la visita de mucha gente, y menos cuando durante el horario de visita había más de cincuenta personas que querían compartir conmigo. No había ningún lugar en que pudiera recibirlos. Para mi sorpresa, un día el Dr. Schneider, Director Médico del hospital, abrió las puertas de la Sala de Conferencias de la Facultad Médica para que yo pudiera recibir estas visitas, algo que no se había hecho en el pasado con otras personas. Esa decisión me permitió sentir aún más ese calor humano de los visitantes, cuando recibí muchos estudiantes de la universidad que no conocía

personalmente, miembros de la facultad de Ciencias Naturales y amigos que fueron a ofrecerme compañía para que no me sintiera solo. Uno de los estudiantes me ofreció un televisor para que yo me pudiera entretener durante mi estadía en el hospital. Se lo agradecí mucho, pero tuve que decirle que el hospital no permitía que lo tuviera en el cuarto que compartía con otras tres personas, ya que en la sala de espera había un televisor para todos los pacientes. Nuevamente me sorprendí cuando al otro día el Dr. Schneider me visitó y me dijo que se había enterado de que me habían traído un televisor para que lo tuviera en el cuarto. Antes de que pudiera continuar, le indiqué que había agradecido el ofrecimiento, pero que le había comunicado que no podía aceptarlo porque sabía que estaba en contra de las reglas del hospital. El Dr. Schneider me contestó: "*Cuando hay reglas, hay excepciones*". Le dí las gracias y le pregunté por qué se hacían excepciones conmigo. Entonces me informó que había recibido una llamada del Presidente de la Universidad de Puerto Rico, don Jaime Benítez, en la que le informó que yo era un investigador que había traído el Departamento de Química a Puerto Rico y le solicitó que me trataran de dar todo el apoyo que yo necesitara. El haber abierto la Sala de Conferencias y el permitirme tener un televisor en el cuarto eran producto de la llamada de don Jaime, de quien había oído hablar, pero a quien no había tenido la oportunidad de conocer personalmente.

El cariño, la preocupación y la solidaridad que recibí, siendo un extranjero casi recién llegado del otro lado del mundo, hicieron una gran diferencia en lo que sería mi futuro. La llamada de don Jaime para que se considerara mi caso como uno especial hizo posible que cambiaran unas reglas del hospital para permitir que yo pudiera sentirme parte del pueblo puertorriqueño. Incluso varias personas, que luego se convirtieron en mis amigos, me invitaron a salir durante el fin de semana, cuando me daban pase. Quizás en mi propio país no hubiera sentido ese calor y solidaridad de personas que no me conocían.

Luego hice de Puerto Rico mi segunda patria, me casé con una mujer puertorriqueña que se convirtió en la madre de mis dos hijos. Toda mi vida profesional la he hecho en Puerto Rico y he tratado de que mis acciones pongan en alto el nombre de este país que me acogió y me adoptó. Crecí con Puerto Rico y he tenido la oportunidad de poner en alto su nombre. En este momento llevo muchos más años en mi segunda patria que en la primera.

La intervención de la llamada de don Jaime a favor de un investigador que había traído la universidad podría parecer insignificante considerando su impactante quehacer universitario, que todos conocemos. Sin embargo, cambió mi futuro. Estoy seguro de que mi experiencia no es la única.

Como cosas del destino, en 1980 don Jaime llegó al Recinto Metropolitano de la Universidad Interamericana de Puerto Rico (donde yo trabajaba) como Profesor Distinguido. Ésa fue la primera vez que tuve la oportunidad de compartir con él. Ofreció un seminario para la facultad en el teatro de la universidad relacionado con el impacto de la sociedad en el ser humano y me tocó presentarlo. Al finalizar su presentación, solicité preguntas de la audiencia, indicando "después de tan interesante presentación, tiene que haber muchas preguntas". Antes de que la audiencia pudiera participar, don Jaime con mucha picardía dijo: "y ¿por qué usted no inicia las preguntas?". Ése era don Jaime, un intelectual que disfrutaba el debatir de ideas con una energía galvánica. Posteriormente, compartí con él en varias ocasiones en mi rol de Decano Académico, pero nunca se dio la ocasión para contarle lo importante que fue su llamada telefónica para mí.

En el 2001, estaba terminando mis funciones en el Decanato Académico de la Universidad de Puerto Rico en Cayey cuando escuché la noticia del fallecimiento de don Jaime, un hombre puertorriqueño y del mundo, nacido en Vieques, y un gran maestro, quien

generosamente dedicó su vida a la transformación de su país y del mundo. Sus grandes aportaciones a la educación superior y al rumbo del país son muy conocidas, y serán parte de nuestra historia. Su obra trascendió los límites territoriales de nuestra Isla en diversas formas. Una de éstas fue la hospitalidad con que recibió a muchos intelectuales internacionales en la universidad. Su generosidad y sentido de humanidad cambió la vida de muchas personas, incluyendo la mía cuando fui estudiante graduado, y personalmente tocó mi corazón.

Ese año, precisamente, la trigésima graduación de nuestro recinto se le dedicó a su memoria. Se destacó a través de imágenes su vida y obra y cómo fue fundamental en que se fundara el Colegio Regional de Cayey, hoy conocido como Universidad de Puerto Rico en Cayey.

De la misma manera como don Jaime cambió el rumbo de mi vida, estoy seguro de que sus intervenciones e iniciativas en la universidad en términos intelectuales, administrativos y académicos, con la vehemencia que lo caracterizaban, cambiaron la vida de miles de jóvenes. Muchos de ellos a su vez hoy día estamos en diferentes lugares del país y fuera de éste, continuando cambios positivos para nuestro país con la misma convicción. A nivel personal, no debemos subestimar el impacto que una acción nuestra puede tener en otros.

Por esas cosas extrañas de la vida, mi hija Nalini trabajó en Washington con la hija de don Jaime, la Dra. Margarita Benítez, quien fuera rectora de este recinto. Después de la muerte de don Jaime les expresé mis condolencias personalmente a Margarita, a Doña Lulú y a sus familiares; luego recibí una carta de Margarita en la que me escribe: "*nunca pensé que tú le debieras nada en particular a mi padre, y ahora resulta que tu hija, sin haberlo planeado ninguno de nosotros, es la persona que, con apenas un mes en la nueva oficina, les hace conocer a todos ellos quién fue Jaime Benítez, y me transmite a mí, por mediación tuya, la manifestación de condolencia de todos ellos*".

Quiero terminar este relato con un pensamiento de don Jaime:

> *Hacer patria para mí es alzarse cada uno sobre su época, en el suelo de sus antepasados, y captar nuevos mundos espirituales que fecunden la vida y el destino del ámbito geográfico e histórico en que estamos ligados unos a otros por comunes experiencias, recuerdos y problemas.*

Este escrito está basado en el mensaje de la Trigésima Graduación de la Universidad de Puerto Rico en Cayey en 2001, como Decano de Asuntos Académicos.

Jaime Benítez:
retórica y vivencias de la Universidad

Margarita Benítez

En un reciente escrito sobre su Abuelo Jaime, mi sobrina y colega en la docencia universitaria, Edna Margarita Benítez Laborde, recordaba un poemita rayano en trabalenguas con que mi padre a la vez fascinaba y retaba a sus nietas cuando eran pequeñas: "Buena es la buena memoria, buena quien de ella se acuerda, cuerda la de San Francisco, San Francisco y San Esteban, San Esteban mártir santo, santos son los que le rezan . . ." y así sucesivamente. Consciente tanto del escaso valor literario de estos versos como de su entrañable resonancia afectiva, tomo la buena memoria como instrumento para concatenar experiencias vividas junto a Jaime Benítez con una reflexión sobre la centralidad de ciertas metáforas en su visión de la universidad y en la formulación de su proyecto universitario en Cayey.

Mi padre tenía una memoria privilegiada, tanto para los grandes clásicos de la literatura occidental, como para un variopinto surtido de escritores del siglo XIX y principios del XX, entre ellos una serie de pésimos poetas cuyos desaciertos le divertían. "Oigo pasos de caballo / es mi padre que se acerca" es un ejemplo de los versos malos que él, Julián Marías y Pedro Salinas atesoraban e intercambiaban traviesamente. También le divertían las imágenes truculentas típicas de los tangos y de algunos corridos mexicanos. Amante de las fórmulas narrativas de la cultura popular, se sabía de memoria el Romancero, así como las crónicas de nuestra historia encapsuladas en las plenas que Mon Rivera y Leopoldo Santiago Lavandero interpretaban magistralmente en las fiestas de Navidad en casa del Rector. Su composición favorita era la décima, particularmente las improvisadas por trovadores puertorriqueños, herederos y continuadores de ricas y antiguas tradiciones de la literatura oral. Entre ellos se destaca el cayeyano Víctor Rolón, cuyas décimas celebraron la creación de este Colegio Regional, y su evolución hacia Colegio Universitario de Cayey. "Haga calor o haga frío / ¡Viva la Universidad!" —síntesis de la inquebrantable lealtad institucional de JB— fue el pie forzado de muchísimas décimas, trovadas en las buenas y en las malas de sus veintinueve años a la cabeza de la Universidad de Puerto Rico (1942-1971).

Cuando saco la cuenta de los poemas y de los poetas que acompañaron a mi padre siempre, la lista se parece —no por casualidad— a los prontuarios del programa de educación general que fue durante décadas el eje de la enseñanza universitaria en Puerto Rico. Sus favoritos, que recitaba a la menor provocación, eran: Homero y Virgilio; Esquilo; Gonzalo de Berceo; las voces anónimas del Cantar de Mio Cid y el Romancero; Dante; Garcilaso; Shakespeare; Quevedo; Calderón de la Barca; Shelley, Keats y Tennyson. Del siglo XIX, tenía debilidad por Bécquer y Zorrilla, si bien reconocía que estaban muy distantes de la pléyade antes enumerada. También conocía a fondo a su antepasado, José Gautier Benítez, y en momentos difíciles, solía citar a Luis Muñoz Rivera: "No caeré / mas si caigo entre el estruendo/ rodaré bendiciendo / la causa en que fundí mi vida entera". En el siglo XX, era devoto de los hermanos Machado, de Rubén Darío, de Juan Ramón Jiménez, de Gabriela Mistral, de Luis Lloréns

Torres, de Luis Palés Matos y de Clara Lair. Estos poetas, y su maestro Ortega, estaban muy presentes en su pensamiento y su palabra, brindándole modelos e imágenes para sus proyectos, ánimo y fortaleza en sus batallas, y solaz a su espíritu.

"La casa de estudios" es probablemente la imagen más vinculada con la retórica universitaria de Jaime Benítez. Esta frase, de antigua tradición y frecuente uso en el decir universitario, destacadamente en Hispanoamérica, adquiere dimensiones paradigmáticas en el ideario de Benítez. Explícitamente vincula su visión de la casa de estudios con los principios de la universidad. "El histórico atavío que vestimos hoy nos liga a una antigua tradición y subraya nuestra ciudadanía dentro de una comunidad que se constituye con fuero y disciplina propios en la segunda mitad de la Edad Media" (Graduación UPR, 31 de mayo de 1950, *Junto a la Torre*, 1963).

Para Jaime Benítez, la casa de estudios representa los siguientes valores:

- Primacía del estudio —búsqueda, creación, y transmisión del conocimiento— sobre cualquier otro compromiso o empresa. "A pesar de sus otros retos y servicios, la Universidad no debe ser nunca desviada de su propia justificación básica: la implacable búsqueda del conocimiento a través del análisis crítico y la difusión del estudio desapasionado y objetivo". ("¿Dónde está nuestro valor?", *Revista de Occidente*, noviembre 1970).
- Acogida y apoyo entusiasta a las múltiples manifestaciones de la creatividad y la inteligencia. "Esta casa de estudios debe estar siempre abierta a la inteligencia y el talento, venga de donde venga. No hay cortina de hierro más funesta que la que puede el hombre por incomprensión, por vanidad, o por resentimiento echar sobre su propio espíritu o sobre su predio o país. Ningún universitario que de veras lo sea, la tenderá jamás sobre este recinto". (Primera graduación de la Escuela de Medicina, 1 de junio de 1954, *Junto a la Torre*, 1963).
- Apertura a influencias y estímulos intelectuales diversos. "Por la naturaleza de su función, a toda universidad le es indispensable el concurso de personal docente formado en perspectivas culturales distintas". (*ibid*).
- Exclusión de la política partidista. "contradice la esencia misma de la Universidad . . . cuando el furor partidista, de cualquier clase que sea, logra llevar su inevitable cerrazón mental al ámbito universitario. La luz del entender se apaga, y se imposibilita el vivir razonado. Se desatan entonces sobre la casa de estudios turbias fuerzas irracionales. [...] Una de las funciones de la cultura es precisamente mantener embridada la violencia. Por eso, tratar de convertir la casa universitaria en centro de agitación y enardecimiento es tratar de destruirla". ("La Universidad como casa de estudios dentro de la libre comunidad hispánica de Puerto Rico", 1969, *La Casa de Estudios*, 1985).
- Autonomía universitaria. [La Universidad] "tiene que sentirse libre de todas las presiones y de todos los grupos que quisieran tomarla a su servicio, inclusive de aquellos que proveen los fondos para su sostenimiento. Debe estar libre de las fuerzas políticas, económicas, ideológicas que operan en su época, pero no ignorante de ellas o desdeñosa o indiferente. Su responsabilidad es la de encontrar ese fino equilibrio íntimo que se apoya en el esfuerzo por entender y en la lealtad a los principios que supone ese entendimiento". ("Valores y problemas de la Universidad de Puerto Rico", 1954, *Junto a la Torre*, 1963).

Esta concepción de la casa de estudios es en parte motivo y en parte respuesta a las grandes polémicas

de la gestión universitaria de JB: los argumentos en cuanto a la valoración de la cultura occidental frente a la cultura puertorriqueña; las controversias de diverso signo ideológico en torno a la actividad política en la universidad; los debates de la reforma universitaria en la década del 60 sobre la pertinencia de modelos hispanoamericanos o norteamericanos de organización universitaria, y sobre la distribución y ejercicio de la autoridad institucional[1]. Sobre este último tema, JB insistía en la vinculación entre responsabilidad y autoridad. A su modo de ver, toda autoridad implica una tremenda responsabilidad, pero sólo se puede ser responsable de aquello sobre lo cual se tiene autoridad. Él siempre se sintió profundamente responsable de la Universidad de Puerto Rico, y de las juventudes que allí se educaban. Año y medio antes de que el Consejo de Educación Superior declarara vacante la Presidencia de la Universidad, Benítez expresó, en referencia al complejo equilibrio que requiere la autonomía universitaria: "Estamos como Segismundo, tratando de vencer el hado. Creo con Calderón que puede hacerse, pero lograrlo requiere enorme esfuerzo". ("La Universidad como casa de estudios...", *La Casa de Estudios*).

Vencer el hado, acometiendo empresas para otros imposibles, y triunfar ante circunstancias adversas, tenía un atractivo especial para JB. Solía decir, citando el *Romancero*:

> Mis arreos son las armas,
> Mi descanso es el pelear.
> Mi cama, las duras peñas;
> Mi dormir, siempre velar.

Y así era, le gustaba pelear en buena lid y prevalecer sobre sus adversarios con la potencia de su argumentación y el concurso de sus bien escogidos aliados. Para llevar a cabo el proyecto de los Colegios Regionales, formulado por JB en la década del 60, se tuvo que enfrentar con buena parte del claustro de Río Piedras cuando propuso el Colegio de Humacao, y con buena parte del gabinete del Gobernador Sánchez Vilella cuando propuso el Colegio de Cayey. La oposición claustral se debía a la preocupación de que se diluyera la calidad de la enseñanza al abrir sucursales de la Universidad por los pueblos. La oposición gubernamental respondía al interés de diversas agencias de gobierno en instalar sus propias oficinas en las espléndidas facilidades del campamento militar Henry Barracks que el Ejército de los Estados Unidos iba a desocupar en Cayey. Ambos eran reclamos de peso, esgrimidos por sectores de indudable influencia a la hora de tomar decisiones respecto al patrimonio público. En ambos casos, Benítez se esmeró en concertar sus fuerzas y desarmar a sus opositores con una retórica pujante.

De entrada, cultivó y cautivó a la ciudadanía de Humacao, Cayey, y pueblos circundantes. La visión de JB era clara y persuasiva: llevar la Universidad al pueblo sin menoscabar la excelencia académica. La confluencia del endoso de figuras veneradas, como Aguedo Mojica y Antonia Sáez en Humacao, y Miguel Meléndez Muñoz y Víctor Pons en Cayey; la buena voluntad de políticos y negociantes locales, junto a la solidaridad de las emergentes clases profesionales; y sobre todo, la esperanza colectiva en la universidad como vehículo de una vida mejor, generó un irresistible clamor popular en pro de los colegios regionales. Como era su costumbre, logrado su objetivo, JB descartó de inmediato cualquier hostilidad o represalia contra los que habían sido sus opositores. Había demasiado que hacer para estar guardando rencores.

Con el mismo esmero con que había concertado argumentos y aliados, Benítez escogió las primeras cuadrillas que inauguraron estos colegios. Integró profesores de renombre, varios de procedencia internacional, con un grupo de jóvenes profesores y administradores puertorriqueños llenos de iniciativa y energía, deseosos de hacer buen papel, y con suficiente experiencia para acometer esta nueva empresa con visión y pericia. Entre estos estaban Roberto Rexach Benítez,

Rafael Delgado y Celeste Benítez en Humacao; y Rafael Enrique García Bottari, Mariano García y Ángel López Galarza en Cayey. Los tres primeros procedían de Río Piedras, y los tres últimos del Colegio de Mayagüez, de manera que ya se conocían, y compartían enfoques y estilos de trabajo. Con el endoso entusiasta de Benítez, los dirigentes de los nuevos colegios hicieron hincapié en ofrecer a la emergente comunidad universitaria y a la ciudadanía de pueblos adyacentes un rico programa de actividades culturales que diera a conocer de inmediato la vibrante llegada de la Universidad.

Asimismo, Benítez se cuidó de incorporar a la mezcla inicial gente de la comunidad donde iba a estar enclavado el colegio: algunos maestros de las escuelas públicas; egresados recientes de la Universidad; hijos y parientes de gente conocida en el pueblo; luminarias atléticas locales; y personal de apoyo reclutado en los barrios más pobres de la región. La devoción de todos estos grupos a la creación de una nueva alma mater, su orgullo de ser parte de un movimiento transformador, su empeño en levantar una universidad a partir de unos cuantos edificios destartalados, recuerda una parábola que mi padre gustaba de invocar. Un visitante observa tres hombres trabajando al sol y les pregunta qué están haciendo. El primero contesta: "Virando concreto"; el segundo: "Ganándome la vida" ; y el tercero levanta la cabeza, mira al cielo, y responde: "Yo estoy haciendo una catedral". Los forjadores de los colegios regionales, y Benítez con ellos, estaban haciendo una catedral.

Para hacer patente no solamente la necesidad, sino también la justicia poética de establecer una casa de estudios en donde antes había un campamento militar, JB recurrió en más de una ocasión a la célebre frase del profeta Isaías que alude a tornar espadas en arados como imagen del tránsito al reino de la paz. También elaboró con referentes cayeyanos un relato que era elemento constante en su discurso: el efecto transformador de la universidad en las vidas de gente con más talento que recursos. Aplicado a Cayey, aludía, por ejemplo, a los logros del eminente médico Víctor Marcial, y señalaba que según éste, si no fuera por los horizontes que le abrió la Universidad de Puerto Rico, sólo habría podido aspirar a ser dependiente de una tienda en Cayey.

Se me ocurre pensar que mi padre encontró en el proyecto de los colegios regionales un alivio a la crispación que representó la década del 60 en Río Piedras, marcada por los enfrentamientos provocados por los reclamos de reforma universitaria primero, y luego las protestas contra la guerra de Vietnam, el servicio militar obligatorio, y la presencia del ROTC en el campus. Si fue un alivio, no fue un descanso, porque en menos de ocho años puso en marcha cinco colegios —Humacao, Cayey, Arecibo, Bayamón y Ponce— y formuló planes para dos más. A mi modo de ver, esta intensa gestión fundacional representó un retorno al espíritu de creatividad, esperanza y posibilidad que animó sus primeras dos décadas en la dirección universitaria. Advierto que esta es una conjetura mía formulada muchos años más tarde. Mientras vivimos en la Universidad, aun en los momentos más difíciles, jamás lo oí quejarse de los contratiempos que tuvo que enfrentar. Su actitud vital era otra, expresada por primera vez en 1941, y reiterada en su discurso de instalación como Rector de la Universidad de Puerto Rico en 1943:

> Amigos de la Universidad: Tenemos por delante un tropel de obstáculos, dificultades y angustias. Hay dos actitudes vitales entre las cuales nos toca elegir: la actitud pusilánime del joven príncipe Hamlet, quien consternado ante la magnitud del esfuerzo que el destino le exige, dice suspirante: "Los tiempos están descoyuntados. Maldita suerte que me obliga a mí a articularlos". O la actitud magnánima de aquel bravo espíritu del Renacimiento, Ulrico de Hutten, quien al enfrentarse con las

> tremendas exigencias de su época exclama: "¡Cuánto queda por hacer! Da gusto vivir".

En cuanto a su sentir respecto a la Universidad de Puerto Rico, él expresó su verdad más entrañable en el último discurso de graduación que pronunció en Río Piedras. Acababa de asumir la presidencia del sistema universitario y de entregar audaz, esperanzada y jubilosamente a Abrahán Díaz González la rectoría de su amado recinto de Río Piedras. Habló en aquel discurso de "esta Beatriz que ha sido para mí la Universidad", y yo que lo escuchaba, me percaté de pronto que ahí estaba la clave de su fortaleza y ánimo inagotables. Como le ocurrió a Dante, cuya Divina Comedia era probablemente el texto predilecto de JB, el amor encendió su imaginación y potenció su fuerza creadora.

En tres momentos coyunturales de su vida, JB encontró asidero en Cayey. Desde antes de fundar el Colegio, Cayey representaba para él un "locus amoenus", un lugar apartado cuya belleza natural propiciaba el esparcimiento espiritual y físico. Cuando a la alborotada década del 50 —que juntó el sobresalto de la revuelta nacionalista primero y el público retiro de confianza del gobernador Muñoz Marín después, con los grandes triunfos de la creación de la Escuela de Medicina, el cincuentenario de la Universidad, el Premio Nobel de Juan Ramón Jiménez y la gran expansión de facultades, programas y matrícula en la UPR— siguió la turbulenta década del 60, mi madre Lulú Benítez decidió que a JB le hacía falta poder estar tranquilo en algún sitio. Como eran dueños de unas cuerdas de terreno montañoso en el barrio Culebra de Cayey, ella se las arregló para edificar allí una casita, con más vista que cuartos o paredes. No le dijo nada a JB hasta un día que lo invitó a ir de paseo, y juntos llegaron al lugar apartado donde estaba la casita esperándolos. Él quedó fascinado, tanto con la dulce sorpresa del obsequio, como con la transformación realizada por ella de un paraje silvestre en hogar y jardín. Fue la primera casa de su propiedad que tuvo mi padre en su vida.

Muy pronto JB añadió al jardín encantado un minúsculo estudio, todavía más arriba en la loma, donde se recogía a leer y escribir cuando no estaba paseando por el campo o atendiendo a los muchos amigos que recibíamos los fines de semana. En aquella casita de la altura, era obligado recitar por las noches las décimas jíbaras de Lloréns ("Ya está el lucero del alba/ encimita del palmar/ como horquilla de cristal/ en el moño de una palma") y Palés ("Ya tengo el tiple encoldao/ pa dilme a correr los Reyes/ dende el barrio de Mameyes/ jasta el Carite mentao").

Y no podían faltar los versos de Quevedo:

> Retirado en la paz de estos desiertos
> con pocos, pero doctos, libros juntos
> vivo en conversación con los difuntos
> y escucho con los ojos a los muertos.

Sus nietas y yo solíamos corear el verso siguiente —"Si no siempre entendidos, siempre abiertos"— en reconocimiento y a la vez cuchufleta de su apego al estudio. Al verlo en la casita los fines de semana siempre rodeado de libros y papeles, Carolina Pons Rexach, hija y nieta de ilustres cayeyanos, sentenció con la severidad de los niños: "Tú debes ser bien bruto si todavía tienes que estudiar tanto". JB, quien nunca tuvo dudas de su capacidad intelectual, relataba con deleite esta ocurrencia.

La belleza natural del campus de Cayey, la existencia de casas para la facultad, y su relativa cercanía a San Juan sugerían a Benítez prometedoras oportunidades de congregar allí artistas, pensadores y estudiosos de diversas disciplinas y geografías, cuya creatividad fecundara aquel espacio privilegiado para beneficio de los jóvenes de la región. Pensaba que allí se podrían ensayar nuevos modelos de enseñanza, y llevar a cabo investigaciones sobre los problemas, necesidades

y capacidades del país. No tengo a mano su escrito "Un programa de cuatro años para Cayey", donde se encuentran estas y otras ideas sobre las posibilidades que él veía en el Colegio de Cayey. Afortunadamente, mi querida amiga y ejemplar estudiosa Janice Gordils contribuye un artículo sobre el tema a este número de la *Revista Cayey*.

El segundo asidero de JB en Cayey se dio a raiz de que el Consejo de Educación Superior declarara vacante la Presidencia de la Universidad de Puerto Rico el 8 de octubre de 1971. La familia Benítez —compuesta entonces por Jaime y Lulú, mi abuela Juanita Martínez y yo, pues mis hermanos Clotilde y Jaimito ya se habían casado— se encontró sin tener dónde vivir. Vino al rescate Salvador Antonetti, entonces Director del Colegio Universitario de Cayey, pues su primer Director, Rafael Enrique García Bottari, había asumido la Presidencia de la Universidad del Sagrado Corazón[2]. Como yo había iniciado mi vida profesional como instructora en el Colegio de Cayey en agosto de 1971, tenía derecho a solicitar una casa en el campus. Allí nos metimos los cuatro en enero de 1972.

Cuando salió al destierro de su tan querida Universidad en 1971, JB compartió con los suyos, sin rabia ni rencor, la sabiduría del *Cantar de Mio Cid*:

> Ya todos estos duelos
> en gozos se tornarán.
> Dios, que nos dio las almas,
> consejo nos dará.

Mi madre también recurrió a la poesía para expresar su dolorido sentir. Hablaba por su esposo, pero también por ella, por abuela, y por mí cuando citó a Bécquer en voz baja al despedirse de la Universidad: "Como yo te he querido/ ¡desengáñate!/ así no te querrán". Por mi parte, yo recordé a mi padre el vaticinio del Cid ante su propio destierro:

> ¡Albricia, Alvar Fáñez,
> ca echados somos de tierra!
> Mas a grand ondra
> tornaremos a Castiella.

Así fue para él, pues un año después, en noviembre de 1972, fue electo Comisionado Residente de Puerto Rico en Washington. Y como buen universitario, JB convirtió su escaño en el Congreso en una cátedra sobre Puerto Rico y los puertorriqueños. Su discurso inaugural en el Congreso de los Estados Unidos comenzó en español, honrando la memoria de Roberto Clemente con la cita inmortal de Gonzalo de Berceo: "En el nombre del Padre que fizo toda cosa . . . de un varón santo quiero hacer una glosa".

Siempre recordaré con gratitud profunda el trato que recibimos en Cayey cuando llegamos a vivir en el campus en enero de 1972. La hospitalidad de Charo y Mickey Ortega; la simpatía de Isabel Laborde; la efervescencia de Gilda Pereira; las deferencias de los profesores europeos José Julio Santa-Pinter, Pío López Martínez y José González Barja; la solidaridad de Arturo Aponte y toda su familia, así como las numerosas atenciones de jardineros, guardias y conserjes, facilitaron la transición y enriquecieron nuestras vidas con una nueva camada de amistades. Fue particularmente grata la oportunidad de acercamiento con algunos de los que habían piqueteado con entusiasmo a JB cuando eran estudiantes en Río Piedras, entre ellos el consecuente independentista y amigo Héctor González Moret.

Esa comunidad de afecto que hallamos en Cayey continuó creciendo cada año según llegaban nuevos profesores y empleados al Colegio. En el claustro de Cayey reencontramos a las hijas de amigos entrañables, y ellas grandes amigas por derecho propio, Rosario Adsuar de Bouret y Teresa Tió. Conocimos, y trabamos amistad para toda la vida con Margarita Ostolaza; Ivette y José Jaime Rivera; Myrna y Luis Lavergne; Carlos Di Núbila, a cuya esposa Carmen conocíamos de siempre;

y unos años más tarde, establecimos todos estrecha relación con nuestro inolvidable y añorado Rafael Castro Pereda. Con todos ellos JB intercambió libros y citas de poetas; voló chiringas y regaló a sus hijos más libros todavía, e insólitos juguetes; los invitó a comer a nuestra casa, y luego a caminar con él para admirar las formas cambiantes de las nubes y la maravilla del campus en flor.

Entre los muchos niños que eran amigos de JB en Cayey, había dos tocayos bastante traviesos por quienes él sentía especial simpatía, no sé si por tocayos o por traviesos. Ambos se criaron corriendo por el campus del Colegio como si fuera el patio de su casa. Uno era Salvador Jaime Antonetti Stutts, y el otro José Ortega Núñez, a quien JB pronosticó cuando lo conoció: "Con ese nombre, tú y yo vamos a ser amigos". Luego vino un tercer tocayo, Miguel Jaime Ortega Núñez, nacido el mismo día que JB: 29 de octubre. Hoy día los tres son abogados, como su gran amigo de la infancia. No reclamo causalidad, pero sí una hermosa coincidencia. Celebro además que en ellos perduren el nombre y los afectos de mi padre.

La tercera ocasión en que JB se instaló esporádicamente en Cayey fue entre 1985 y 1994, cuando tuve el honor de dirigir el Colegio. JB comentaba entonces que le parecía estar viviendo la Semana del Niño, al ver una caterva de muchachos, hijos de sus amigos y coetáneos, a cargo de las principales instituciones del país: Fernando Agrait en la Presidencia de la Universidad, Melo Muñoz en el Senado, Sila Calderón Secretaria de la Gobernación, Víctor Pons y Federico Hernández Denton en el Tribunal Supremo, Héctor Luis Acevedo Secretario de Estado, y ahora Margarita Rectora de Cayey. Él fue mentor de todos de múltiples maneras: primero con su ejemplo; después con sus certeras preguntas y consejos; siempre con su presencia solidaria en momentos difíciles.

Durante esos años, fueron incontables las atenciones que tuvieron con él y con mi madre mis colaboradores en la dirección universitaria. Rosa Lydia Suárez en el Decanato de Administración y Sandra López, desde la Rectoría, dieron ejemplo de gentileza y consideración, que sus compañeros de trabajo siguieron, y que mis padres reciprocaron. Tanto él como ella tenían el don de llevarse bien con gente de todas las edades y sectores sociales. Él hablaba a todo el mundo de usted, y preguntaba a cada cual qué estaba leyendo, y en qué proyecto estaba trabajando. Incitaba a la gente a pensar en grande, y a buscar soluciones y no excusas. Preguntaba con seriedad y rigor: "Qué es lo que le hace falta para resolver este problema?; ¿y qué haría si no lo tuviera?". Evocando palabras de Luis Muñoz Marín, insistía en pasar de Operación Lamento a Operación Manos a la Obra.

Lulú siempre ofrecía un refrigerio, encontraba un asunto de interés común con su interlocutor, y al rato relataba una anécdota de sus tiempos en la Universidad que de alguna manera iluminaba el tema del día. Recuerdo el embeleso de Luz Miriam Berríos, de Mariano Gutiérrez y de Miguel Bisbal según esta técnica les iba delineando posibles soluciones a las vicisitudes del momento. Recuerdo también que los empleados más cercanos a nuestra cotidianeidad, y por tanto, a nuestros defectos —el gentilhombre Ramoncito López y las incansables Luisa y Juanita— alcanzaron un nivel singular de solidaridad y entendimiento con mis padres que duró hasta su muerte.

En esa última tanda cayeyana, Jaime y Lulú Benítez nos dieron muchas cátedras a todos. Nos enseñaron que la casa del Rector es una importante área de trabajo donde se crea buena voluntad para la institución, se reconoce el mérito de miembros de la comunidad universitaria, y se manejan con discreción situaciones delicadas. Indispensable colaborador en la intensa, aunque grata, tarea de la hospitalidad oficial fue el amabilísimo don Roberto Rodríguez, cuyas atenciones a nuestros visitantes perduran todavía en la memoria de muchos de ellos. Los Benítez nos hicieron

conocer y aprender de sus grandes amigos, algunos en persona —inolvidable el encuentro en Cayey entre Margarita Fernández Zavala y Rufino Tamayo— y otros a través de sus recuerdos y relatos. Con César Cordero JB conversaba sobre Iván Ilich y Robert Oppenheimer; con Ivette Torres, sobre John Kenneth Galbraith; con todos los amigos y visitantes, entre los que evoco con gratitud por su generosa solidaridad a Raquel Vargas, Humberto Malavé, y Graciela y Félix Villafañe, hablaba sobre Ortega, Muñoz Marín e Inés, y Gabriela Mistral.

Aprendimos de Lulú y Jaime Benítez a apreciar cada día la belleza natural del Colegio, y a usarla como imán para atraer fondos, visitantes ilustres y actividades de relieve. Mi madre asesoraba sobre plantas a Alfredo, el jardinero asignado a la casa, así como a José Luis Miranda y a Janice Gordils, quienes competían amigablemente con JB por ver quién le traía de regalo a su esposa las flores más espectaculares, que ella siempre reconocía por nombre. Gozábamos todos de la conversación chispeante y la sabrosa sobremesa de dos parejas españolas vecinas —Marta y Juan Ignacio Tena Ybarra, Gloria y Roberto Lorán— así como de los asaltos navideños que nos llevaron año tras año Pablo Martínez, Héctor Félix y Luis Domenech. La verdad es que fuimos felices en Cayey.

En esa época de su vida y la mía, JB alcanzó y rebasó los 80 años. Gracias al genio de Antonio Martorell, tengo como un tesoro el perfil de mi padre todavía en plenitud otoñal. JB se mantuvo vigoroso y alerta hasta los primeros años de la década del 90, cuando en palabras de Julián Marías, "le sobrevino una declinación". Él mismo escogió los versos de Tennyson en su poema "Ulysses" más adecuados a su condición:

> Tho' we are not now that strength that in old days
> Moved earth and heaven; that which we are, we are;
> One equal temper of heroic hearts,
> Made weak by time and fate, but strong in will
> To strive, to seek, to find, and not to yield.

Termino evocando en su memoria uno de los pocos poemas que le pude enseñar yo a él en sus últimos años, y que fue de su gusto. Es una de esas coplillas de Machado que en tres versos nos dan la clave de una vida:

> Tengo las manos vacías
> de tanto dar sin tomar.
> Pero las manos son mías.

Notas

[1]"Existe una correlación profunda e inexorable entre la libertad pública y la libertad intelectual. Si no hay libertad de acción política [ésta] se refugia en la universidad, a veces con beneficio para la comunidad, generalmente con perjuicio para la universidad. Pero si existe, como existe en Puerto Rico, una situación abierta y tolerante, donde se puede decir y hacer todo, libre y democráticamente, y donde el poder subsiste o cambia con arreglo a la voluntad mayoritaria compulsada con toda escrupulosidad, entonces la exigencia o la deseabilidad de que la universidad se convierta en el foro de la acción política o en el centro de la agitación política desaparece. Entonces surge la posibilidad y la deseabilidad de que la política se haga puertas afuera del aula y que en el aula se trate de formar el individuo, todos los individuos, en libertad, en exigencia, en solidaridad y en altura de propósitos". ("La Universidad como casa de estudios dentro de la libre comunidad hispánica de Puerto Rico", *La Casa de Estudios*, 1985.

[2]Otra contribución de los colegios regionales a la educación en Puerto Rico ha sido servir de semillero de liderato universitario, cívico y gubernamerntal. De posiciones administrativas en los colegios regionales, muchos puertorriqueños pasaron a dirigir universidades privadas, fundaciones y agencias de gobierno. Además de los ya mencionados, la lista incluye a Francisco Carreras, Pedro González Ramos, Federico Matheu, José Jaime Rivera, Ana J. Babilonia, Salvador Salas, y un largo etcétera.

Cronología Gráfica del Dr. Jaime Benítez

Dra. Luz Dary Serrano

I

II

III

IV

X

IX

XV

XVI

I. A los 34 años, Jaime Benítez es nombrado Rector (Canciller) de la Universidad de Puerto Rico. II. Las Madrinas de los cadetes del ROTC reciben de manos del rector Benítez un obsequio. III. Huelga de 1948. IV. El Lcdo. Jaime Benítez y el Prof. Thomas Hayes colocan la primera piedra de la Biblioteca. V. Rector Jaime Benítez junto a estudiantes en Washington por el entonces Presidente, John F. Kennedy, a discutir sobre los derechos civiles en el campo docente. X. Inauguración de la Escuela de Derecho en la Universidad de Puerto Rico. XI. Benítez es nombrado primer presidente de la UPR. XII. Jaime Benítez junto a Ortega y Gasset. XIII. Jaime Benítez junto al presidente de la Comisión español Rafael Alberti. XIX. Benítez junto a alcaldes en Washington. XX. Jaime Benítez junto a su esposa doña Luz Martínez. XXI. Jaime Benítez en compañía del rey de España, Juan Carlos de Borbón.

V

VI

VII

VIII

XI

XII

XIX

XIII

XIV

XVII

XVIII

XX

XXI

durante demostración de química en la Universidad de Puerto Rico. VI. El presidente de Costa Rica visita la Universidad de Puerto Rico. VII. Jaime Benítez, Juan Ramón Jiménez y Pablo Casals en la casa del rector el día del cumpleaños del poeta. VIII. Jaime Benítez y esposa con la Reina Madre de Bélgica. IX. Jaime Benítez es invitado a la Casa Blanca de Instrucción y Cultura de la Cámara de Representantes. XIV. Jaime Benítez electo Comisionado Residente en Washington. XV. Jaime Benítez en compañía de Luis Muñoz Marín y doña Inés. XVI. Comisionado Residente saluda a Premio Nobel soviético Alexander Solzhenitsyn. XVII. Jaime Benítez en WIPR-TV. XVIII. Jaime Benítez con el poeta

La semilla de nuestro empeño en la educación integral e integrada:

Un programa de cuatro años en Cayey

Janice Gordils

Es el documento fundacional que sienta las bases de nuestros constantes empeños y aspiraciones, y asimismo delinea una sinergia de factores esenciales para realizarlos a cabalidad. Sus encomiendas y conceptos los hemos repensado y actualizado una y otra vez, a veces sin estar en antecedentes de dónde es que primero se plasmaron esas frases y cometidos fundamentales de nuestra cultura institucional. Allí quedó inscrito nuestro compromiso con la educación integral e integrada, interdisciplinaria e innovadora, alerta a su tiempo y en continuada reflexión y evaluación. Allí nos definimos por el desarrollo del ser humano integral, por educar para la vida.

Fechado el 3 de diciembre de 1969 y aprobado por el Consejo de Educación Superior el día 19 de ese mes con el endoso del Claustro, del Consejo Estudiantil, de la Junta Colegial y de la Junta Universitaria, establece las pautas para el ofrecimiento del Bachillerato en Ciencias y del Bachillerato en Artes en el Colegio de Cayey a partir del año académico 1970-71. También instaura nuestro compromiso con la capacitación de futuros maestros y maestras desde una orientación y estructuración diferentes del común de las facultades de Pedagogía en que integra su preparación en los programas de artes liberales.

Elabora un programa de estudios distintivo, diferenciado tanto de las encomiendas de los tres recintos mayores como de la de los colegios regionales de la Universidad de Puerto Rico. Añade "una morada adicional a la casa universitaria: una unidad donde se ensayen nuevas pautas de entrenamiento liberal y pedagógico al nivel colegial". Formula un bachillerato "con el intento específico de fomentar la diversidad, la heterogeneidad, la originalidad en el bachillerato liberal y en el entrenamiento de los futuros maestros". Propulsa "explorar nuevas maneras de estimular las potencialidades del estudiante" con un "enfoque innovador y de experimentación". Traza "rutas distintas o complementarias" entrelazando los estudios con una visión integrada e interdisciplinaria que busca explorar "nuevas interrelaciones" entre las Ciencias y la técnica con las Humanidades y las Ciencias Sociales, y con

el resto del mundo cultural y de la experiencia humana. Proyecta una renovación que hasta tanto se completara y graduara a su primera clase debía desarrollarse como un programa institucional responsable directamente a la Oficina del Presidente de la Universidad.

El Presidente que asume el nuevo bachillerato universitario como su querendón es don Jaime Benítez. El enfoque que idea y redacta en *Un programa de cuatro años en Cayey* y los planes de estudio que diseña y que encamina junto con el claustro cayeyano son expresión de su extensa reflexión sobre cómo orientar los estudios que por Ley tienen una «obligación de servicio al pueblo de Puerto Rico». Los respaldan sus veintisiete años de experiencia como el estudioso y educador a la cabeza de la Universidad de Puerto Rico, a cuya evolución y expansión a ser un sistema de reconocido nivel intelectual se dedica desde joven.

Un programa de cuatro años en Cayey se sitúa ante los retos del cambio y de la responsabilidad social. Esboza qué clase de formación procede en "nuestra crecientemente compleja sociedad" de cara a las "enormes transformaciones" en palpable desenvolvimiento (2, 6). Expone cómo estudiar, qué y por qué en términos de qué necesitará el o la joven para vivir a la altura de las exigencias de "una sociedad en rápido cambio" y en una época "decisivamente científica y tecnológica" (3). Promueve un aprendizaje indagador y de "amplia visión" que, sin sujetarse a obsolescentes necesidades inmediatas, cultive la inteligencia y la apreciación que equipan el albedrío y la independencia de criterio para ponderar con discernimiento las interrelaciones entre los conceptos, la sociedad circundante y "las fuerzas extraordinarias de cambio operantes en el mundo moderno" (17).

La educación como "transmisión" del conocimiento o del patrimonio cultural se ha convertido, dice Benítez, "en un ejercicio insuficiente y anacrónico si no se le insufla al mismo tiempo un hálito renovador que incluya la especulación sobre el futuro y sobre los fundamentos del presente" (7). Llama a escudriñar en la clase de existencia en que estamos inmersos y a explorar rutas educativas que apoyen llevar una vida más satisfactoria.

> Vivimos en medio de situaciones, cambios, realidades e intereses tan diferentes de todo lo que dio margen a las fórmulas, actitudes y valores tradicionales en la cultura occidental que tenemos que repetir la operación escrutadora que hace tres siglos y medio hizo Descartes y que le llevó a fundamentar la existencia del ser sobre la vigencia del pensar. Aunque el triunfo de la ciencia moderna podría servir para documentar el éxito del método cartesiano, la misma naturaleza pírrica del "triunfo" comprueba su insatisfactoriedad como respuesta vital. Nos lleva a buscar otras rutas distintas o complementarias. (7)

La formación para una sociedad en rápida transformación es una de las constantes en el ideario educativo de Benítez. Mas la aceleración e imprevisibilidad de los cambios en el mundo desde la Segunda Guerra Mundial precipitan la urgencia de reexaminar los supuestos sobre los que se funda la educación en todos sus niveles como un todo comprehensivo. Se agudiza el debate en torno a los fines a que se dirige el proceso educativo, entre la educación utilitaria y la liberal, y contra la estratificación social de su alcance y calidad: ¿Nos educamos para hacer de subalternos y consumidores acomodaticios o para ser seres pensantes y emprendedores, críticos? De "la crisis de la educación moderna" dentro de "la crisis del mundo externo" habla Benítez pocos meses antes en su discurso con motivo del doctorado honoris causa que le confiere The University of the West Indies en Jamaica, que titula *With the Odds Against Us*. Allí se refiere a la negación y la irracionalidad que pareciera "sentar el patrón de comportamiento individual y social en muchas comunidades sobre-desarrolladas" de las metrópolis. Ello conmina a quienes no han llegado a esa etapa a reexaminar sus supuestos para mejorarlos, y

sin responsabilizar al mundo externo por los problemas de su educación, "mientras nos quede tiempo", dice. Expone a continuación su visión de "las tareas reales de la educación", cuya aplicación reconocemos en *Un programa de cuatro años en Cayey* (*With the Odds* 8-17).

No perdamos de vista la fecha. Está en efervescencia la rebelión estudiantil mundial signada por mayo de 1968 en París, por la masacre de estudiantes en Tlatelolco, por la resistencia al servicio militar obligatorio para participar en la invasión y conquista de Vietnam, etc. Los universitarios apremian a sus profesores de Física 101 para que pasen de los axiomas newtonianos a la explicación de cómo diantre de la hermosa teoría de la relatividad la elucubración científica derivó la aberración genocida de la bomba atómica. Insatisfechos con las respuestas, se educan entre sí al margen de los planes de estudio institucionales en asambleas y *teach-ins*. Las pintas que con sangre de toro escribían los estudiantes medievales en las paredes de los claustros universitarios leen ahora cual epitafios de la era moderna, con consignas tales como: "Hay tres clases de ignorancia: no saber nada, saber mal lo que se sabe y saber otra cosa que lo que se necesita saber".

El estudiantado no marcha solo reclamando paradigmas de educación más inclusivos y actualizados. Para muestra un botón, o tres: En 1969 Paulo Freire ejerce el magisterio en Harvard y publica la traducción al español de *La educación como práctica de la libertad* y al español y al inglés de *Pedagogía del oprimido*. Ese mismo año Postman y Weingartner sacan *Teaching as a Subversive Activity*, libro que el claustro de Cayey discutiría en una de sus reuniones de reflexión y autoevaluación del proceso de renovación, con la participación del Presidente de la Universidad (Antonetti et al).

En aquel panorama de contradicciones pujando por una nueva era, mas en la sosegada verdura del *campus* al que se llega por la Carretera Central y enclavado en un recién desalojado campamento militar, con que se encariña, Benítez impulsa "nuevas pautas" de renovación universitaria. Cayey conjugaría "continuidad, innovación y experimentación" (1, 9). Se dedicaría a proseguir labor formativa y labor experimental —o de investigación y creación— "en el campo de las ciencias y artes liberales", y además en el de la educación (7). Llevaría a cabo las innovaciones en los programas regulares existentes paralelamente con un enfoque renovador de la relación educativa con el o la estudiante (11). Un "núcleo central común" de cursos proveería la fundación y a partir de ahí se reestructurarían los estudios con flexibilidad, "atención y respeto a las diferencias en intereses y actitudes", y con exigencia (3). El "hincapié en el conocimiento y en el aprecio de valores culturales" se vincularía con la exploración de posibilidades y alternativas (16). El "estudio analítico y disciplinado" se ligaría a "la relación académica con situaciones y actividades en la vida de la comunidad" (9). "La imaginación, la curiosidad, la emoción de la aventura intelectual pueden y deben avivarse y cultivarse señalando la pertinencia y relación de lo que se estudia con lo que se vive" (11). "La imaginación estudiantil puede dirigirse provechosamente hacia estos campos especulativos del presente y del porvenir" (5). Imaginación, originalidad, pertinencia, diversidad, respeto a las diferencias... son algunas de las palabras exaltadas en aquella coyuntura que resuenan en *Un programa de cuatro años en Cayey* como toques de diana.

Seguimiento del informe *Expansión universitaria* en lo relativo a Cayey, procede del análisis de la "renovación en las estructuras y en las funciones institucionales de vasto alcance" inaugurada con el inicio de los colegios regionales en 1962. A ellos que se suma el Colegio de Cayey al fundarse en agosto de 1967, con el entusiasta apoyo a las gestiones por parte de vecinos del pueblo. Los colegios regionales son entonces un programa de traslado a estudios superiores que ofrece cursos básicos comunes al estudiantado de la UPR. Y particularmente desde 1966 "incluye también destrezas y carreras cortas correspondientes a demandas técnicas y a funciones complementarias de las labores

profesionales históricas que resultan indispensables" en nuestra sociedad" (1-2; ref. Ley UPR 1966, Art. 12 A).

Recordemos que la Universidad de Puerto Rico abarca campos técnicos o aplicados (administración, salud pública, trabajo social, etc.) con el fin de capacitar a profesionales competentes que además de ejercer su profesión encaucen el desarrollo económico y social del País que la auspicia. El "liderato bien educado" que egresa a incorporarse en todas las fases de la actividad social ha hecho posible el desarrollo alcanzado, sostiene Benítez en febrero de 1969, y ese proceso de desarrollo se descompondría si el proceso educativo se redujera o simplemente se mantuviera sin expandirse ni mejorar su calidad (*With the Odds* 10). Con la función de formar liderato matizando el mandato de los "Land Grant Colleges" de los Estados Unidos, estudios "que en otros países se establecen como entidades separadas", como institutos técnicos y escuelas especializadas, aquí "encuentran adscripción e incorporación" dentro del marco de las disciplinas universitarias históricas (letras y ciencias puras) o como complemento de éstas. Cobijar distintas facetas de la educación superior en la Universidad, ha dicho Benítez, "tiene la ventaja de mantener la exigencia del nivel universitario en las fases del entrenamiento de nuevos campos de saberes profesionales" y también "ayuda a contrarrestar las tendencias de exclusividad...". Pertinente a la flexibilidad que Benítez procura imprimirle a los estudios en Cayey es que la perspectiva universitaria se establezca como base de los estudios. El núcleo de cursos básicos en las principales disciplinas del conocimiento, "destinados a nutrir el programa de los dos primeros años", "ofrece al estudiante conciencia de la problemática social, de la ciencia moderna y de la posición del hombre dentro de su mundo" que deberá prepararle para entender la articulación de la especialización que luego prosiga con el resto de la cultura (*Junto a la Torre* 26-27, 41-42; ref. Ley UPR 1942). Porque en una universidad, por definición, se estudia el conjunto de todas las cosas; *universitas* es, literalmente, 'universalidad, totalidad, conjunto', 'verter todo junto, versar sobre el conjunto de todas las cosas'.

Respecto a esa "fuerza de innovación y de expansión" de "notable éxito y que debe continuar extendiéndose" que son los colegios regionales, en *Un programa de cuatro años* Benítez señala la precariedad de simultanear la formación liberal y el adiestramiento técnico en dos años. Apunta así a en qué se enfocaría Cayey:

> La difícil responsabilidad doble encomendada a los colegios regionales de preparar jóvenes para ocupaciones técnicas sin deshumanizarlos, sino más bien dándoles consciencia de su propia valía y de la de sus semejantes y su sociedad, constituye tal vez la más precaria y ardua de las tareas universitarias. (2)[1]

"Deshumanizar" es prescindir en una obra de toda preocupación por el humano o por su bienestar e inquietudes; es eludir lo intrínsecamente humano, desplazando la atención hacia los objetos. Dicho con palabra muy usada entonces como antónimo de concienciarse, es enajenarse o alienarse el humano de su producto y de sí mismo, escindir su hacer y su ser, desplazar su lealtad y afiliación a los objetos, alter-arse. Limitado para entender su relación con la interdependencia sistémica de las instituciones y estructuras, esperará de afuera lo que desconoce de sí y atribuirá toda responsabilidad a lo externo. Mucho se venía discutiendo la complicidad de un sistema escolar paternalista y ñoño con la baja autoestima y el complejo de inferioridad del pueblo puertorriqueño. Pedreira, por ejemplo, lo vincula a "la holgazanería intelectiva" (*Insularismo* 216). "Nutrir la mente y no mimar la voluntad del alumno es la función propia del maestro", dice Benítez en "Apuntes para una ética del maestro" (*Junto* 331). Postergar hasta llegar a la universidad a los diecisiete años —quien llegue— el hacer el riguroso viaje al autorreconocimiento por el tiempo humano (historia) y por el espacio humano (geografía cultural), para ensanchar el ámbito de la formación de ideas propias

y adueñarse de sí, puede tener conturbadores efectos en el sentido de la vida personal y colectiva que examinan obras como *Felices días, tío Sergio* de García Ramis y *La felicidad ja ja ja ja y la Universidad* de Vega, autoras que asisten por estos años al Recinto de Río Piedras. Todo intento de mejora de la educación no sirve de nada, dice un pensador de quien Benítez es deudor, si no asume como misión "lo único suficiente e imprescindible para que un ser —individual o colectivo— exista con plenitud, a saber: colocarlo en *su* verdad, darle *su* autenticidad, y no empeñarnos en que sea lo que no es, falsificando su destino inexorable a nuestro arbitrario deseo" (Ortega, *Misión de la universidad*, 61).

"Alentar el desarrollo al máximo de las capacidades individuales" es la finalidad general del entrenamiento liberal y pedagógico encomendado a Cayey, y en cuanto pedagógico con efecto multiplicador en las escuelas.

> Este objetivo se señala en todos los programas; aquí sin embargo, se propone destacarlo por sus propios méritos, independientemente de los intereses o necesidades inmediatas de tipo profesional y técnico que tenga la sociedad, la economía o el gobierno.

Acometerlo por los resultados de largo alcance es lo que "procede" en "una sociedad en rápido cambio y desarrollo, abocada a la tecnología, a la industria y a la movilidad, con abundante material humano disponible". Es una de las respuestas a "¿Por qué establecer un centro adicional de estudios?":

> Junto a los recintos principales, las escuelas técnicas y los colegios regionales, debe existir un colegio público cuya tarea consista en explorar nuevas maneras de estimular las potencialidades del estudiante mediante el cultivo de su inteligencia y de su aprecio por lo valioso.

Cayey le ofrecería "la oportunidad de hacer aquellos estudios y tener aquellas experiencias verdaderamente formativas de su intelecto y de su espíritu durante un plazo de cuatro años" (3).

La formación "al máximo" o "plena del estudiante" se señala "en todos los programas" pues es uno de los objetivos de la misión de la Universidad de Puerto Rico, donde se le acota "en vista de su responsabilidad como servidor de la comunidad". El cultivo de la inteligencia y del espíritu lo consigna el siguiente objetivo. En otros escritos Benítez destaca su importancia en el desarrollo de "una comunidad emprendedora, que logre la solución de sus problemas a base de la aplicación de los más eficaces métodos asequibles al hombre moderno". En la fase de formación humana y profesional de la Universidad lo principal es, dice:

> ...desarrollar en el estudiante las potencialidades de su libertad interior para que crezca en sabiduría y en conocimiento; instalar en su ánimo la integridad de pensamiento y acción para que busque la verdad y se enfrente noble y creadoramente con los problemas humanos y sociales; ayudarle a comprender la herencia cultural y a entender su relación con las múltiples fuerzas —culturales, sociales, económicas— vigentes sobre su circunstancia. Estamos comprometidos a cumplir estas finalidades humanas". (*Junto* 277, 280)

Amén de objetivo es un derecho, con sus correspondientes deberes y responsabilidades que lo condicionan. Lo consagra la Constitución en 1952 en su Artículo II.5 y a él responde el sistema de escuelas públicas: "Toda persona tiene derecho a una educación que propenda al pleno desarrollo de su personalidad y al fortalecimiento del respeto a los derechos del hombre y de las libertades fundamentales..."[2]. La citada sección a su vez proviene de la *Declaración universal de los derechos humanos* proclamada en 1948 por las Naciones Unidas, que establece que:

> La educación tendrá por objeto el pleno

> desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia, la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos, y promoverá (...) el mantenimiento de la paz. (Art. 26.2)

Ese desiderátum universal "por sus propios méritos" sería el objeto de Cayey, de manera que su egresado o egresada no sea un o una profesional más que vende sus horas sino una persona cabal que profesa su vocación.

Poner en el centro a la persona que se educa y explorar modos de apoyar el afloramiento a plenitud de las capacidades latentes que la singularizan obliga a repensar el orden en que se consideran las cuestiones curriculares. Aquí también la cuestión "inmediata", que suele pensarse desde la disciplina académica o la especialización, no es lo único ni lo primero. Las preguntas "que con frecuencia repetimos mecánicamente" sobre cursos, contenidos y objetivos —cuáles cursos debe*n* tomar*se*, qué debe*n* aprender, en plural— deben ser precedidas por otras, dice Benítez. Son "cuestiones claves referentes a la relación educativa de la Universidad y de la escuela con el alumno" las que tienen que ver con la formación del ser individuado: "qué es lo que se *le* debe ofrecer al estudiante", en singular, cómo hacerlo "en la forma más provechosa e interesante", cómo "estimular a las juventudes a desarrollar sus potencialidades". Destaca la atención a la educación íntima, aquella que le permite ir hacia sí mismo y relacionar la propia intimidad con otras: la estética, la emocional, la moral, la religiosa. Al "subrayar la primacía" de las cuestiones relativas a la vivencia y la convivencia está indicando la "orientación general frente a ellas de este programa". De modo que recibirán creciente atención "la importancia de la belleza como fuerza ennoblecedora, el valor de la multiplicidad de intereses dentro de la unidad fundamental, la convivencia como supuesto de la libertad y el cultivo de la sensibilidad como factor central en la docencia (...) conjuntamente con el cultivo de la inteligencia" (9-10).

Acoger estos asuntos como una tarea básica de la educación formal, y no sólo en el nivel universitario, es lo primero que propone Benítez para atender los problemas de la educación en *With the Odds Against Us*. Dice allí que debemos cultivar mejor las facultades para pensar, discernir, razonar, y así también las relacionadas con la sensibilidad, el disfrute, la belleza, la asociación con el prójimo, el sentido de la justicia y de la equidad. Señala que el humano necesita, quizás más que nunca antes, una nueva capacidad para mirar, para admirar y para identificarse con los otros en su país y en el extranjero. Cómo abrirle paso a que se establezca una mejor comunicación del humano con su prójimo, con su ambiente y consigo mismo es el principal problema, sostiene[3].

Son contenidos trasversales, que cruzan o atraviesan el currículo como línea colateral a las asignaturas y disciplinas. Aparte de que también puedan ser materia del "núcleo central común" de cursos, como es el caso de la apreciación estética y de la valoración de la ética, que guardan correspondencia con objetivos de la misión de la UPR. Esa atención trasversal a la formación de la persona es medular al perfil del egresado que esboza nuestra «Declaración de misión, metas y objetivos generales» (1993, 2006) e incluye el "ejemplo" de que habla Benítez (9) y el currículo implícito que modela la congruencia entre el decir en las aulas y el hacer en las estructuras y procesos universitarios y su ambiente físico. La elabora «Habilidades y contenidos de la educación general de la UPR en Cayey» (2001), que establece que "a través de todo su currículo" se privilegien el pensamiento reflexivo, creativo y crítico, la habilidad para tomar decisiones con conocimiento de conceptos y principios de Ética, la apreciación estética, la convivencia solidaria y otros conocimientos, destrezas y actitudes afines al desarrollo integral.

La formación trasversal redefine la labor docente. Precisa "de profesores excepcionales, que crean" en la innovación, en relacionar "lo que se estudia y lo que se vive", en avivar "la imaginación, la curiosidad, la emoción de la aventura intelectual", y que puedan hacerlo "sin desviarse totalmente de la

temática específica del curso" (11). La tarea de suplir información y de asegurar que se aprende deja de ser su función principal a medida que la tecnología facilita que el o la estudiante por su cuenta obtenga destrezas y datos, y particularmente información fragmentaria proveniente de los medios de comunicación, explica en *With the Odds Against Us*. Lo insustituible es el diálogo indagador que se labra en el salón de clases y que caracteriza en *Un programa de cuatro años* con verbos como alentar, estimular, cultivar, fomentar, compartir. Supone la disposición del o de la docente a transformar su quehacer de impartir su conocimiento a compartir "el estudio analítico y disciplinado de problemas, la lectura de textos incitantes", a pasar de dar la respuesta a suscitar preguntas: "Los mejores maestros posibles" son "aquellos disfruten la aventura del aprendizaje y gusten compartirla con los más jóvenes". Este "tipo de enfoque" no es una técnica de las que se acometen "como una nueva moda o una panacea" —se fundamenta en el método socrático o la mayéutica. "La renovación es generalmente trabajosa y lenta. Requiere verse y aceptarse como un objetivo" (11, 9).

El *cultivo de la inteligencia*, junto con el del espíritu —"de su intelecto y de su espíritu" (3, 10), de "las artes de pensar, analizar, organizar y apreciar" (9), "de la aventura intelectual" (11), del razonamiento (13), del entendimiento y la valorización (15), de "los instrumentos del análisis y la expresión del intelecto", de "la capacidad crítica y analítica" (16), etc.— salta al frente. Transforma la tarea del o de la estudiante al papel activo de pensar por cuenta propia: a aprender a aprender, a conocer, a hacer, a ser y a convivir. Ese cultivo es integrador de los saberes, puesto que la facultad intelectiva en su sentido más lato es la de relacionar ideas y se desarrolla interrelacionando (de *intelligeri*, de *inter-*, 'mezcla, combinación', y *legere*, 'leer', del griego *lego*, 'coger, escoger, recoger'); la capacidad intelectual evoluciona asociando pensamiento nuevo a las redes neuronales. En la descripción de los programas de estudio Benítez señala herramientas cognitivas acopladas a los diversos campos del saber. Los conceptos y las teorías básicas las enfoca como ganancia en el desarrollo del pensamiento aplicable a otros procesos y como adquisición de los códigos de acceso a otros conocimientos. "De ahí que se considere importante fortalecer el estudio de las matemáticas...", como también el de las destrezas del lenguaje y el simbolismo como instrumento intelectivo, como expresión y como "apreciación del patrimonio lingüístico" (14, 15, 17). Destaca la observación, la experiencia y la comprobación en el hacer, por ejemplo, en la importancia de "facilitar el uso de laboratorios a la vez que estimular la observación científica, el pensar hipotético y la fuente primaria de éste, la curiosidad" (14). En Humanidades y Sociales también alienta la observación y contrastar la "relación de mayor o menor congruencia de los conceptos con la realidad" en proceso de cambio (17). En el estudio del estado actual del conocimiento incluye "sus logros y limitaciones" (12), "lo que se sabe y lo que se ignora" (16). No lo da por acabado, sino como la incitación a montarse sobre los hombros de las generaciones anteriores para adelantarlo: "Este hincapié en el conocimiento y en el aprecio de valores culturales se considera esencial al entendimiento de los problemas y aspiraciones del hombre de nuestros días y al análisis responsable de sus interrogantes y alternativas" (4, 16). El impulso hacia el conocimiento como un valor y hacia la participación en su adelanto hacen del intelecto, la curiosidad y la imaginación un trino, y conjuntamente "deben avivarse" (11, 14). Es luego de dejar asentados los fundamentos que Benítez mira hacia el campo profesional y su interés práctico por las aplicaciones técnicas. En fin, que la egresada o egresado de Cayey deberá haber recordado, de la noción del aprendizaje que practicamos antes de escolarizarnos, que los enunciados del conocimiento no toleran los puntos finales y se inclinan por los signos de interrogación que enlazan un por qué a otro por qué nutriendo el entendimiento y liberando el albedrío.

Sobre este reenfoque que pasa de reproducir el conocimiento momentáneamente tenido por verdad a interrogarlo y a cuestionarlo tratan mayormente las intervenciones de Benítez en el mencionado diálogo

del claustro en torno a *Teaching as a Subvesive Activity*. Extraemos:

> ...en verdad debemos encarar la afirmación de que nuestros conocimientos, los llamados conocimientos, dependen en gran medida del esquema mental desde el cual los absorbemos y que cualquier posición es susceptible de interpretaciones diversas, dependiendo de la estructura mental de las personas concernidas. Lo que los autores pretenden es flexibilizar al máximo esos campos de estructura, de suerte que podamos reajustarnos a la vida cambiante. La tesis fundamental (...) es que el mundo está cambiando, que va a continuar cambiando y que en consecuencia, lo único perdurable del proceso educativo es el enrejillado de conceptos y las sensibilidades que haya en la persona, que le permita manejárselas renovadamente frente a un mundo en constante transformación. Y esta es parte de la problemática que se está planteando, a saber: que nosotros propendemos a enseñar en vez de a facilitar que nuestros estudiantes aprendan por cuenta propia. Y el problema que se plantea es (...) tratar de cambiar el rol del maestro de suerte que su función sea de re-examen y de acostumbrar a los estudiantes a preguntarle a él y de preguntarle al texto y de impugnarlo. Y ésta es la pregunta, a mi juicio, fundamental: ¿Debemos concebir nuestros textos y nuestra docencia como verdades o como aproximaciones o como temas a renovarse y a superarse?
>
> ...Mucho más que lo que las cosas son, lo que les imprime su importancia es su significado. Entonces (...) nuestra función es de subvertir, efectivamente, en el sentido de plantear nuevas preguntas frente al mundo que nos circunda. Porque ese tipo de planteamiento, de pregunta, tiene que habituarse el hombre a hacerlo sistemáticamente, analíticamente, racionalmente. Y la cuestión en este sentido me parece que a lo que nos invita es a un re-examen de nuestra visión de este proceso, de ver la realidad como un proceso en el cual juegan el pasado, lo externo y también la reacción del individuo frente a eso. De aquí que esta tesis adonde se remite a fin de cuentas es a hacer el individuo mucho más ágil y mucho más libre y potencialmente creador porque solamente puede crear en verdad quien pueda preguntarse y cuestionarse sobre la validez de lo que tiene alrededor suyo. (Antonetti et al 46-47, 51)

En ese diálogo del claustro estuvo muy presente la frase de Marshall McLuhan que advierte que "the medium is the message".

La *flexibilidad* en los programas es uno de esos "mensajes", la primera pauta que sigue de corrido a la exposición del objetivo central de "alentar el desarrollo al máximo de las capacidades individuales". Es inseparable del "respeto a las diferencias" y de la "exigencia" (3, 15). Permite la selección, fomenta la decisión y exige el compromiso.

> Desde un núcleo central común debe prevalecer una flexibilidad básica en los programas, una atención y respeto a las diferencias de intereses y actitudes, y una disposición a proseguirlas con comprensión y con exigencia. (3)

A los cursos ya establecidos "se imprime una mayor flexibilidad" (11). Los programas "permiten un mayor desarrollo de intereses individuales" (15). Cada bachillerato "permitirá la selección de cursos electivos", unos 30 créditos del total de 128. Hay elección, selección y oportunidades para un estudio más amplio o para hacer una especialización, "como corresponde a un colegio de artes liberales" (14). Liberal es tomado del latín *liberalis*, 'propio de quien es libre', y es libre quien puede dirigir su conducta y, por tanto, es responsable de ella.

Contra el liberticidio se alzaban los jóvenes del mundo denunciando que las instituciones educativas reproducen patrones mentales y relaciones sociales basadas en las jerarquías y el autoritarismo de los poderes dominantes. Cayey no debería ser liberticida: su bachillerato se elabora "con el intento específico de fomentar la diversidad, la heterogeneidad, la originalidad" (2).

La visión integrada, el *enfoque integrado* y el *concepto integrado* mediante el entrelazamiento de los estudios y la consideración interdisciplinaria es otra característica distintiva de la reestructuración de los estudios en Cayey.

> Según este proyecto el programa de bachillerato aspira a presentar y a relacionar las disciplinas académicas principales como fases coherentes pero no aisladas de una realidad mayor, la herencia cultural del hombre. (8-9)

Benítez lo argumenta en la justificación de "por qué establecer un centro adicional de estudios" y lo aplica a la descripción de los bachilleratos y a la orientación de la preparación de maestros.

Parte de la premisa de que la "civilización en que vivimos es decisivamente científica y tecnológica". Sin embargo, los "cursos científicos y tecnológicos transcurren como si fueran cuestiones ajenas al resto de la experiencia y separables de ella". Apunta a la ciencia y sus derivados técnicos como la fuente de "muchos de los más importantes problemas de la vida moderna", como asimismo "las soluciones posibles dependen en buen grado del mejor aprovechamiento e ingerencia de la ciencia y de la técnica". En buen grado, no enteramente:

> Muchas soluciones dependen también de la evaluación crítica y de la percepción de las limitaciones de la ciencia y de la técnica; también de la búsqueda de nuevas interrelaciones entre ambas y de éstas con el resto del mundo cultural. Los estudios colegiales carecen del debido entrelazamiento. (3-4)

Algunas "cuestiones científicas que suscitan interrogantes en las humanidades y los estudios sociales" sirven de ejemplo, primeramente, para impugnar que los asuntos científicos sean separable del resto de la experiencia humana y para demostrar que "merecen consideración interdisciplinaria". A la misma vez, el sucinto análisis de ramificaciones de la oceanografía, el transporte aéreo y el crecimiento poblacional refiere a potenciales de "desarrollo del porvenir" que abren "nuevas perspectivas en el mundo científico y en muchas perspectivas de la vida puertorriqueña". Implican la interacción de numerosos campos del saber y la comprensión del contexto sociocultural. Benítez enumera interrogantes en torno a relaciones concretas entre las ciencias y la industria con la historia, la literatura (mediante la referencia a "la tesis del insularismo de Pedreira"), "teoría social y realidad ambiental", la jurisprudencia sobre la jurisdicción sobre el mar, la alimentación, el daño ambiental, el comercio internacional, la política mundial, el sistema de valores, etc. Tercero, son ejemplos representativos de las transformaciones que hacen la transmisión del estado actual del saber tan indispensable como insuficiente. La juventud debe prepararse para la exploración de "impredecibles posibilidades", de cuestiones que aún "no tienen respuesta", para el "desarrollo de conocimientos nuevos" (4-6).

La generación de conocimientos nuevos que abran perspectivas en las ciencias y en la vida puertorriqueña es razón para despertar las capacidades individuales latentes en la juventud universitaria —y, a través de quienes egresan a enseñar, en las y los escolares— con una visión cultural abarcadora y una actitud indagadora: "La imaginación estudiantil puede dirigirse provechosamente hacia estos campos especulativos del presente y del porvenir" (5).

La apremiante necesidad de "entender y calibrar" los efectos de las ciencias en la vida personal, social y de la humanidad demanda una familiaridad con sus fundamentos, así como el entrelazamiento

recíproco con el estudio de las Ciencias Sociales y de las Humanidades.

> Tanto en su realidad físico-biológica como en su realidad social y psicológica, la ciencia moderna ejerce una función destacada en la vida cotidiana de cada persona, que urge entender y calibrar. / Conscientes de que el futuro de la raza humana está íntimamente ligado al desarrollo y el aprovechamiento del quehacer científico se interesa familiarizar al estudiante con sus métodos, procedimientos, logros, interrogantes, limitaciones y perspectivas. (13)

Luego, "la importancia social de la ciencia vale de igual modo a la inversa al considerar los programas y problemas humanísticos y sociológicos en lo que concierne al papel destacado que juega en ambos el pensar y el saber científico" (17).

El Programa de Ciencias Naturales —luego Programa General de Ciencias Naturales— sería una novedad por "su flexibilidad y amplia visión", así como por el rediseño de los cursos a la luz de su evaluación y del estudio de los programas de otras instituciones del País y del exterior (15). Benítez lo caracteriza por el "concepto integrado":

> En general, el concepto integrado supone una interrelación de las varias disciplinas de las ciencias naturales con miras a conseguir una visión general del medio dentro del cual se desarrollan la vida y la cultura. (13)

Por otro lado, "Ciencia Integrada" es un curso básico para estudiantes de Artes que figura en los currículos preparados por el Comité de Currículo y la dirección del Colegio.

La orientación integrada e interdisciplinaria compenetra ambos bachilleratos. El programa del Bachillerato en Ciencias "cubrirá los fundamentos del campo, ofrecerá entre 51 y 57 créditos en las Ciencias Sociales y las Humanidades" y por lo demás permitirá la selección de cursos electivos, dirigidos y libres. El del Bachillerato en Artes también tiene un núcleo central común y un campo de selección. En éste también Benítez insiste en la integración en oposición a los datos y conceptos fragmentados y separados de su manifestación en la experiencia:

> En todas las opciones habrá de ponerse el énfasis en el estudio de situaciones específicas pero vistas éstas en su conjunto y no a base de datos aislados. Se tratará en este sentido de subrayar la importancia de los conceptos fundamentales y de su relación de mayor o menor congruencia con la realidad, las fuerzas extraordinarias de cambio operantes en el mundo moderno. (17)

Otro modelo interdisciplinario que Benítez propone para un futuro es el curso "Grandes maestros y los grandes problemas de la educación". El acercamiento procura considerar las partes que entran en la composición de la persona y la obra de algún maestro destacado como un todo integral: su época y su comunidad, las dificultades que quiso superar y las consecuencias de su aportación. Es otro de los casos donde Benítez hace hincapié en la interdependencia entre los procedimientos y los conocimientos: "Este curso presupone que "la tarea educativa puede apreciarse mejor a base de situaciones concretas". La "instancia específica del hombre y su problema envuelve de modo intelectual al alumno en el estudio de la cuestión y le lleva a adentrarse en ella con mayor ahínco que si se parte de las generalizaciones necesarias al desarrollo de una teoría de la educación" (12).

Facilitar la eficaz preparación de maestros futuros es uno de los propósitos de la orientación integrada: "El programa en ciencias y en artes deberá ser suficiente y válido en sí mismo para todos los fines de un bachillerato liberal. Deberá asimismo facilitar la eficaz preparación de maestros futuros".

La primera razón para integrar la formación de maestros a un bachillerato en Ciencias o en Artes la

expone de corrido: "En grado mayor que ninguna otra la vocación docente requiere la formación liberal" (7).

> En lo que concierne a los futuros maestros de escuela primaria y secundaria, una visión integrada proporcionará un punto de partida igual o mejor que el que brindan los programas especializados. Un maestro que ha alcanzado una perspectiva cultural general con experiencias significativas en las artes de pensar, analizar, organizar y apreciar, consciente de las técnicas pedagógicas, estará básicamente capacitado para asumir esa enorme responsabilidad y reto que constituye la enseñanza de los niños. (9)

Los resultados de las pruebas de certificación de maestros validan el aserto. Ese perfil del maestro o maestra con una perspectiva cultural integrada enraizaría como uno de nuestros objetivos: "Formar maestros con una visión cultural amplia, integradora, dinámica e innovadora del conocimiento, del ser humano y del proceso de enseñanza-aprendizaje" (Misión, 1993).

La formación liberal, a la par que provee lo dicho, expone a una gama de métodos, modos y estilos. La integración refuerza la noción de que la preparación para el magisterio abarca toda la experiencia de aprendizaje, en las aulas y extramuros, y es un proceso continuo que no empieza ni acaba en los cursos especializados en teoría y práctica de la didáctica.

> Parte esencial del oficio de aprender a enseñar es aprender a aprender. Tal aprendizaje requiere aprecio afectivo por el saber, por la adquisición del conocimiento y por su trasmisión. El ejemplo de buenos maestros que comparten con sus alumnos el estudio analítico y disciplinado de problemas, la lectura de textos incitantes, la relación académica con situaciones y actividades en la vida de la comunidad constituye por sí mismo un aleccionamiento pedagógico de primer orden. (9)

Esta aproximación también infunde un sentido de integración en el claustro que en conjunto atiende a esta tarea. Lo afirmaría la práctica que propone el anexo de presupuesto de "combinar recursos de personal docente y otros" con el programa de normalistas que proveía la coordinación, luego con el Departamento de Pedagogía. La consejería académica de los futuros maestros estuvo a cargo de los programas de artes liberales durante dos décadas.

La idea de que enseñar a enseñar y a aprender es tarea permanente y trasciende las disciplinas académicas forma parte del "deber ser" de la Universidad en el ideario educativo de Benítez. Del "ejemplo" que realza en *Un programa de cuatro años* dice en uno de sus "Discursos al magisterio puertorriqueño" que "es la mejor, si no la única, manera de enseñar actitudes de dedicación al oficio, y de empeño por el mejoramiento propio dentro del oficio" (*Junto* 325). En su discurso de instalación como Rector de la UPR en 1943 liga el concepto a la formación para la vivencia, la convivencia y el liderato al referirse a la responsabilidad social de la Universidad y a la del egresado o egresada de "esta universidad que el pueblo paga":

> Dice bien la Exposición de Motivos de nuestra presente ley al señalar: «La Universidad, sin limitarse en esto a sus disciplinas, ha de enseñar a enseñar y enseñar a aprender. La Universidad ha de tender a que sus graduandos en cualesquiera profesión o actividad que emprendan, sean maestros en el ejemplo y en la actitud del pueblo de Puerto Rico...». (*Junto* 44)

Una de sus primeras gestiones es entonces reorganizar el programa de Pedagogía. En un balance de logros hasta 1962 menciona que "casi la mitad" del total de egresados son maestros de enseñanza primaria y secundaria (*Junto* 18).

"Ayudar significativamente" en el entrenamiento de los maestros y maestras adicionales que necesitan las escuelas públicas es "también" una función de

la orientación integrada de Cayey. Aún más, "está inspirado" en este propósito (8-9). Toparse con una profesora o profesor de "aquéllos que disfruten la aventura del aprendizaje y gusten de compartirla con los más jóvenes" bien puede ser el despertar de la vocación docente. La flexibilidad de los programas, respaldada por el índice académico de admisión y retención único, da lugar a que en el transcurso de los estudios el o la estudiante se decida por completar los requisitos de la licencia de maestro sin mayor trámite. La integración excluye la perniciosa noción de que "la enseñanza pública es una función de fácil ingreso y exige poco, aunque debería ser la que exigiese más, la que lo exigiese todo", como lo pone una maestra que es también la primera hispanoamericana en recibir un Premio Nobel, Gabriela Mistral (*Junto* 408).

Integrar la formación de maestros en los programas en artes liberales en *Un programa de cuatro años en Cayey* significa muy literalmente en "un programa de cuatro años": "Los programas de artes y los de ciencia harán posible incluir adicionalmente cursos de pedagogía requeridos para la obtención de la licencia docente" (12). Del total de 128 créditos por bachillerato, Ciencias Naturales tiene 41 de cursos electivos de los cuales 31 son "generales" o libres. "Así se hace posible el ingreso al programa de los futuros maestros de ciencias y matemáticas, y los que se inclinan hacia la enseñanza de la escuela elemental y que tienen interés en las ciencias podrán ingresar provechosamente en este programa" (14).

La reiteración de "los que se inclinan", "tienen interés" y "quienes quieran y puedan" remacha la pauta de que debe prevalecer "una atención y respeto a las diferencias de intereses y actitudes" (3). El "campo de selección" del Bachillerato en Ciencias permite o adiestrarse en Pedagogía o seguir el curso preparatorio de Medicina, Odontología y campos aliados, o hacer "un estudio más amplio en artes y ciencias", o "hacer una especialización en biología, matemáticas y química quienes quieran y puedan seguir, al graduarse, estudios avanzados en esos campos" (14). En el Bachillerato en Artes, las opciones en Ciencias Sociales, Humanidades, Español e Inglés no constituyen concentraciones cerradas sino "que permiten un mayor desarrollo de intereses individuales" (15).

La orientación integrada pone al o a la estudiante en situación de vislumbrar "impredecibles posibilidades" también en su vida. Junto con la flexibilidad, permite ensanchar el bachillerato hacia nuevas carreras profesionales y hacia combinaciones interdisciplinarias inéditas, atenuando el encasillamiento en planes de estudio preestablecidos. Posibilita la diversificación de los estudios para responder con agilidad tanto a las inclinaciones individuales como a los cambios en la sociedad sin multiplicar los programas. Además, mantiene el aparato administrativo reducido: "La estructura administrativa que se recomienda es sencilla y sólo varía" de la anterior en que Cayey respondería directamente a la Oficina del Presidente de la Universidad en vez de a la administración de los colegios regionales (19).

Ese respeto por la vocación en un rasgo notable de *Un programa de cuatro años*. El "núcleo central común" de educación general y de los fundamentos de cada programa debe proveer una fundación sólida a partir de la cual el o la estudiante pueda afinar con relativa autonomía su rumbo profesional. Comparte ese propósito con la primera fase de la reforma de la UPR que llevó a cabo Benítez y a la que le puso como norte el "ideal de la integridad humana":

> Este programa de estudios generales, requisito para todo estudiante universitario, facultará al estudiante no solamente para mejor entender el mundo dentro del cual se desenvuelve, sino también para elegir dentro de ese mundo, su especial vocación. Cuando el estudiante haya aprobado estos cursos estará en condiciones de iniciar estudios profesionales, técnicos. (*Junto* 41-42)

Toma en cuenta que la exposición a las posibles carreras

no ha sido la misma para quienes ingresan y que una de las funciones de la educación es abrir el abanico de opciones y así también facilitar la movilidad social. La experiencia de vida a los diecisiete años no siempre ha dado lugar a poner a prueba la capacidad para persistir en un campo que parecía atractivo ni a descubrir todos los talentos. Procura proveer perspectivas facultando para elegir.

> Y sobra decirlo: no hay en el mundo desventura mayor que el yerro vocacional, verdadera reversión del alma, engaño que nos hacen o que nos hacemos a nosotros mismos. Quien se dé al afán de observar al hombre fracasado, hallará siempre detrás de su desgracia una vocación inventada por los padres o los maestros, o por la propia víctima la cual abandonó al mero azar el negocio mayor de su vida. No existe desastre más grande que el no hacer la averiguación de nuestro destino auscultando nuestras potencias, pues quien se oiga el pecho obedecerá sin considerar otra cosa la voluntad de Dios escrita sobre sus facultades. (Mistral, en *Junto* 410)

Hostos señala el descarrío de las vocaciones como un daño a la moral social, por cuanto una vocación extraviada lleva a deberes repugnados y mal desempeñados, afectando a la familia, a la sociedad y a la humanidad. Lo vincula a las tendencias de las sociedades autocráticas. En *Un programa de cuatro años* Benítez expresamente señala que el desarrollo de las capacidades individuales no se supeditará a "los intereses o necesidades inmediatas de tipo profesional y técnico que tenga la sociedad, la economía o el gobierno" (3).

La exigencia es otra de las pautas para alcanzar el objetivo central de Cayey. Hace viable la flexibilidad y el "respeto a las diferencias en intereses". Lo que significa Benítez con "exigencia" está expreso, desde el título, en el tiempo para completar el bachillerato: "durante un plazo de cuatro años" (3). Se ofrece al o a la "joven de 17 a 21 años" (2), y es por aparte que se refiere al programa nocturno. Por años se calcula el costo de implantar el nuevo programa. Está también en el uso de una frase que arraigó en nuestra misión: "la calidad y no la cantidad". Sobretodo se desprende del hincapié en las "experiencias verdaderamente formativas". La calidad de la educación es un tema sobre el cual insistentemente se expresa Benítez a lo largo de su gestión. En una bienvenida a los nuevos estudiantes la contrasta con la complacencia:

> Estoy convencido de que una de las más engañosas filosofías que ha perturbado el sistema escolar a través de una buena parte del mundo es la que se complace en acomodarse al estudiante en todo, en hacerle suave, sencilla y fácil su tarea para que aprenda jugando, y como quien no se da cuenta de lo que hace. Y como corolario, la tendencia a eliminar exámenes, las asignaciones difíciles, las competencias, las suspensiones. (...) Nosotros creemos, por el contrario, que la juventud necesita y —profundamente— desea disciplina, responsabilidad, trabajo, oportunidad para crecer, desarrollar, ampliar de modo efectivo su entendimiento y el sentido de la vida. (*Junto* 196)

La calidad es uno de sus apenas cinco "principios básicos" de la acción de la Universidad:

> Esto quiere decir: trabajo, rigor, disciplina, conciencia de que el dominio de los recursos de la cultura y su manejo posterior no son compatibles con la laxitud, la superficialidad, la desatención o el descuido. Estoy persuadido de que las juventudes de todos los tiempos, en sus mejores ejemplares, se han sentido defraudadas cuando a sus mentores les ha faltado la confianza suficiente para exigirles el máximum de esfuerzo. (*Junto* 75)

Otro de esos cinco principios es "la carrera abierta al talento", que vincula a que se pueda lograr la finalidad social de la inversión de fondos públicos en la Universidad. De él se desprende "el ideal de que ningún joven talentoso quede proscrito de la Universidad por falta de recursos económicos y que ningún estudiante reciba ayuda institucional si su rendimiento académico resulta insatisfactorio" (*Junto* 25). Esa selectividad está inscrita en la misión de la Universidad, que dedica su enseñanza a "los valores de la inteligencia y del espíritu de las personalidades excepcionales que surgen en todos sus sectores sociales". Se atiene a su vez al Artículo 26.1 de la *Declaración universal de derechos humanos*: "el acceso a los estudios superiores será igual para todos, en función de los méritos respectivos".

La ojeada a otros documentos sobre la gestación y puesta en marcha de *Un programa de cuatro años en Cayey* y el testimonio de estudiantes, no docentes, bibliotecarios y profesores que lo materializaron revela otras dimensiones a que alude de paso o da por tácitas el documento. La apertura a la internacionalización y las relaciones con otras instituciones, tan consustanciales a lo universitario, es una de ellas. Las vemos, por ejemplo, en los invitados al mencionado coloquio del claustro, en que participan educadores de la Universidad de los Andes de Bogotá, de la Universidad de las Indias Occidentales, de la Universidad de Massachusetts y del Recinto de Río Piedras. Asimismo se refleja en los claustrales asistentes, entre quienes están tantos queridos fundadores que marcan huella en Cayey, como los españoles Pío López Martínez, Castora Lozano Berruezo e Isabel Delgado de Laborde, y la panameña Rosario Núñez de Ortega.

Mucho ha cambiado desde el año cuando el humano pisó la Luna. Mas *Un programa de cuatro años en Cayey* sigue siendo un referente indispensable de nuestro empeño en los fines a que se dirige la educación liberal. Nos sintoniza con aquel *momentum* mundial de certidumbre en las potencialidades de la juventud crítica y en la creatividad del profesorado innovador, certeza de que brota nuestra persistente aspiración a conjugar la flexibilidad, el respeto a las diferencias y la exigencia, a complementar la continuidad, la innovación y la experimentación, a sujetar lo inmediato a logros de amplia visión y a evaluar nuestros resultados por su calidad[4].

La Universidad de Puerto Rico en Cayey ciertamente ha innovado y ensanchado sus horizontes. Para muestra un botón, o tres: el Proyecto de Estudios de las Mujeres, los encuentros académicos y cursos sobre el Caribe, y África en América son señas de la continuada renovación de la mirada hacia la conciencia de nosotros mismos, estas tres iniciadas durante el rectorado de la doctora Margarita Benítez. La UPR en Cayey se recrece en la creación e investigación de sus docentes y estudiantes, y en los estudios avanzados de sus egresados, por ejemplo, de Ciencias Naturales, campo a que tanta atención da este programa.

Tanto ha cambiado desde el año cuando se fertilizó el primer óvulo de humana en probeta. Al ritmo de las transformaciones se fortalece el árbol consciente de que su semilla se planta con "el intento específico de fomentar la diversidad, la heterogeneidad, la originalidad". La educación integral que nos encomendó don Jaime Benítez, a fin de cuentas, piensa en futuros.

Notas

[1]Benítez insiste en el aspecto universitario los nuevos programas para-universitarios en otros informes al Consejo de Educación Superior, fraseado de diversas maneras. Por ejemplo: "Pero el problema estriba en que si el programa prepara al estudiante para un trabajo *específico*, se corre el gran y real riesgo de que o la preparación o la ocupación sean obsoletos hasta antes de completar el estudiante su curso. Paradójicamente, el programa cuyo fin primordial es el preparatorio puede tener como resultado justamente lo contrario. / Por otro lado, las universidades, desde su fundación, han concebido su misión educativa como la de formar hombres y mujeres libres por medio del desarrollo de su intelecto y ahora tienen que compaginar esta misión con la de la educación técnica que aspira a preparar los estudiantes para una ocupación. A toda costa, deberá evitarse los

programas de educación técnica resulten en una mecanización del hombre en vez de una liberación del espíritu." (*Desarrollo de los colegios regionales de la Universidad de Puerto Rico, 1962-1985*, 10 de septiembre de 1968, 32-33).

[2]Don Jaime Benítez presidió la Comisión de la Carta de Derechos de la Convención Constituyente de 1951. También participó en la confección de la Ley de la Universidad de 1942 y en su revisión de 1966.

[3]"One of our basic tasks, and not merely at the university level, is to change and to broaden the scope of our concerns. We must not only cultivate better the faculties of thinking, distinguishing, reasoning, but also those pertaining to sensibility, enjoyment, beauty, association with our fellow men, the sense of justice and human equality. In our present day, man needs, perhaps more than ever before, a new capacity for seeing, for admiring, for self-identification with others at home and abroad. / To feel the emotion of beauty, truth, good, justice, has been since Plato, man's greatest privilege. The basic task of education consists in helping to give us access to these great and noble feelings. How to make the breakthrough to establish better communication between man and his fellowman, between man and his medium, between man and himself is however the chief problem. (*With the Odds* 12).

[4]"No existen cambios más radicales que los que proceden de una variación en la perspectiva del estimar", dice Ortega (*Espectador I*). Los verbos *e-valuar* y *a-valuar* ambos consideran la valía (valor, interés, estimación, aprecio), pero se refieren a valores distintos. Evaluar es 'estimar, apreciar el valor de las cosas no materiales'. Las acepciones de avaluar son todas comerciales: se valúa y tasa precios, y a eso se da el aval. Da igual en inglés, pues *assess* es tasar para sentar el monto de un impuesto, de una multa o de un cobro.

Bibliografía

Antonetti Zequeira, Salvador, et al. *La renovación de la educación. Segundo Foro celebrado por el Claustro del Colegio Universitario de Cayey con la participación de distinguidas personalidades académicas*. 14 de diciembre de 1970. Presidencia de la Universidad de Puerto Rico, Oficina de Publicaciones y Relaciones Universitarias, s/f.

Asamblea General de las Naciones Unidas. *Declaración universal de derechos humanos*. Resolución de la Asamblea General 217 A (iii) del 10 de diciembre de 1948.

Benítez, Jaime. *Informe sobre el desarrollo de los colegios regionales de la Universidad de Puerto Rico, 1962-1985*. Presentado al Consejo de Educación Superior y a la Junta Universitaria. Oficina del Presidente de la UPR, 10 de septiembre de 1968.

_____. *Junto a la Torre. Jornadas de un programa universitario (1942-1962)*. Universidad de Puerto Rico, San Juan, 1962.

_____. *Un programa de cuatro años en Cayey*. Sometido al Consejo de Educación Superior por el Presidente de la Universidad de Puerto Rico. Oficina del Presidente, Universidad de Puerto Rico, 3 de diciembre de 1969. Aprobado por el Consejo de Educación Superior mediante su Certificación Núm. 37 1969-70, del 19 de diciembre de 1969. Los números entre paréntesis sin más indicación remiten a este documento.

_____. *With the Odds Against Us*. Oficina de Publicaciones y Relaciones Universitarias, Presidencia de la Universidad de Puerto Rico, 1969.

Ortega y Gasset, José. "Misión de la Universidad", *El libro de las misiones*. Espasa-Calpe, Madrid, 1940.

Pedreira, Antonio S. *Insularismo. Ensayos de interpretación puertorriqueña*. Biblioteca de Autores Puertorriqueños, San Juan, 1957.

Yarzábal, Luis. "Transformaciones de la educación superior en América Latina". En: *Congreso de Investigación sobre la Universidad* (2001). Asociación de Profesores Universitarios, San Juan, 2003.

Don Jaime en mi recuerdo

Rosario Núñez de Ortega

Recién iniciada la década del setenta, D. Jaime Benítez, con su esposa, doña Lulú, y su suegra, doña Juanita, vino a residir en casa de su hija Margarita en el entonces Colegio Universitario de Cayey de la Universidad de Puerto Rico. Así, se convirtió en mi vecino inmediato.

Mucho se ha escrito sobre este ilustre puertorriqueño que marcó las vidas de tantas generaciones de universitarios. Sin embargo, hoy, gracias a la feliz circunstancia de haberlo tenido tan cerca, voy a referirme, no al intelectual ni al político, sino al ser humano afectuoso y sencillo que conocí y traté en esos ya lejanos días.

Paseaba D. Jaime, como era su costumbre, por el hermoso campus cayeyano, cuando casi tropezó con un niño pelirrojo y pecoso que corría aceleradamente. Tomó por un brazo al chiquillo y le dijo: "Oye, muchacho, ¿a dónde vas con tanta prisa?" El niño le respondió que iba a su casa. Le siguió preguntando: "¿Cómo te llamas?" "José Ortega", dijo el niño. D. Jaime abrió desmesuradamente los ojos y exclamó: "¿Será posible? Mi maestro —se refería a José Ortega y Gasset— fue un famoso filósofo español y se llamaba igual que tú. Debes hacer honor a ese nombre tan importante que llevas, no lo olvides, José Ortega".

A partir de ese momento, mi hijo y aquel señor de andares rápidos y firmes se hicieron grandes amigos y juntos jugaban en el patio que compartían nuestras respectivas residencias. En más de una ocasión, D. Jaime se llevó al niño a su casa de campo, en el Barrio Culebra de Cayey, desde donde se divisaba un espléndido paisaje. Un día, los avatares de la política se llevaron a nuestro vecino a Washington, como Comisionado Residente, pero siempre que venía a Puerto Rico, en los primeros años de su desempeño en el cargo, se quedaba en casa de Margarita.

En una de esas fugaces visitas y después de un viaje que hiciera a Rusia, le trajo a mi hija Sandra una *matruska*, que aún conserva como un tesoro. A José le regaló un avión que volaba con gasolina. Nada más llegar con su obsequio, quiso demostrarle cómo funcionaba el aparato. Corrió y dio vueltas y más vueltas, hasta que tropezó y se cayó, dando al traste con el avioncito, con el consiguiente desconsuelo de José. Muchas veces, ya fuera en busca de José o de mi esposo, que solía *darle pon* a San Juan, D. Jaime entraba de pronto en mi casa y la recorría "como Pedro por la suya", así de espontáneo y natural era él.

En la mañana del 29 de octubre de 1973, acababa de nacer mi tercer hijo. Alguien llevó al hospital el periódico, en cuyo titular se leía: "Feliz cumpleaños, D. Jaime". Ante esta coincidencia, mi esposo y yo decidimos cambiar el nombre escogido para el bebé —Miguel Ángel, como su padre— a Miguel Jaime, por aquello de que hiciera honor al nombre de una figura tan importante y tan querida por nosotros.

D. Jaime Benítez ha sido y será motivo de admiración y respeto en los ámbitos académicos, sin embargo, prefiero guardar en mi memoria la imagen de aquel gran hombre con corazón de niño, que reía feliz mientras jugaba con mis hijos en el patio de mi casa.

El proyecto universitario del Rector Jaime Benítez y el pensamiento de Ortega y Gasset

Iris M. Zavala

Siempre que enseñes,
enseña a dudar de lo que
enseñes.
Ortega

A nadie que haya pasado por la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, le es desconocida la admiración de Benítez por el filósofo español José Ortega y Gasset, maestro de maestros. Benítez ha sido educador, abogado, orador, ensayista, político, Rector y primer Presidente de la Universidad de Puerto Rico, Comisionado Residente de Puerto Rico en Washington. Miembro de la Convención Constituyente, y de las Academias Puertorriqueñas de la Lengua, y de las Artes y Ciencias. Miembro fundador de la Asociación de Universidades del Caribe (UNICA), la "International Association of University Presidents", y la "National Association of Latino Elected Officials" (NALEO). Y sabido es que su vínculo con la Universidad de Puerto Rico se inicia en 1931, cuando recibe un nombramiento de instructor para sustituir por un año a Santos P. Amadeo en el Departamento de Ciencias Sociales. Diez años más tarde, todavía era instructor, pero había descollado tanto que en 1942, a los 34 años, fue nombrado Rector de la Universidad. Entonces la UPR contaba apenas con 5,000 estudiantes, 300 profesores.

No puedo dejar pasar una fuerte confrontación entre estudiantes y Benítez. En diciembre de 1947 la paz conformista de la Universidad de Puerto Rico fue interrumpida por un grupo de atrevidos jóvenes que tuvieron la osadía de invitar a Don Pedro Albizu Campos a dar una charla en el campus. Albizu, quien estaba por regresar

a Puerto Rico tras una larga condena carcelaria en Estados Unidos, era visto como el mismísimo diablo por la administración universitaria. El acto interfería con la idea de hacer de la UPR una "casa de estudios", y prohibió el acto. Los jóvenes independentistas fueron de todos modos a darle la bienvenida al patriota. Pero antes de partir del recinto universitario, izaron la bandera puertorriqueña, prácticamente proscrita, y cantaron *La Borinqueña*. En esos años, ambos actos eran motivo más que suficiente para entrar en la lista de "subversivos terroristas" del gobierno colonial. Por su insolencia contra las autoridades coloniales, los estudiantes fueron expulsados. Fue este acto de represión el que llevó a la huelga estudiantil de 1948. Carmelo Ruiz Marrero ofrece datos importantes en su *Biografía de Juan Mari Brás*.

Prosigo. Yo entré a la Universidad en 1952, año fundamental en la historia del país. En ese momento se estaba proyectando convertir a la UPR en una importante universidad de América, consolidada con nuevos planes de estudio, y con la invitación que le hizo Benítez a los exiliados republicanos españoles, y de otros países (Risieri Frondizi de la Argentina, Ludwig Schayowicz de Viena, Miguel Ferdinandy de Hungría), nortemericanos como William Sinz y James MacWilliams... entre muchos otros. Solo aludo a los que fueron mis profesores, los que me encendieron la lucecita del saber a mis quince o dieciséis años; compartí cursos y entusiasmos con Celeste Benítez, una de mis grandes compañeras de entonces. Llegué en el momento de expansión y creación de la UPR como centro del saber, que sin duda se le debe a este inteligente intelectual, y a su ambicioso proyecto de reforma universitaria, inspirado en el texto la *Misión de la Universidad* (1930), de su maestro José Ortega y Gasset, y en la gestión de Robert Maynard Hutchins, Presidente de la Universidad de Chicago. Aclaro. Después de la vuelta de Ortega de Leipzig, Berlín y Marburgo, donde el profesorado alemán como el neokantiano Hermann Cohen lo impresionaron mucho por sus nuevas ideas sobre la enseñanza, José Ortega y Gasset emprendió una extensa misión pedagógica que afectó no sólo a su patria sino también a todo el mundo de habla española.

Benítez, su gran admirador, por ejemplo, articuló su desarrollo de la universidad desde los supuestos del Partido Popular Democrático, que presidía Luis Muñoz Marín, y pretendía la capacitación académica y profesional de los sectores excluidos hasta entonces. Establece así un innovador sistema de becas para los jóvenes con talento, pero pobres, creando programas, facultades y escuelas en diversas ramas de las ciencias sociales, la administración pública, las ciencias naturales, la salud, la ingeniería, etc. Surgen y crecen entonces las Escuelas de Medicina, Odontología, Planificación, Administración Pública, Arquitectura, el Instituto de Estudios del Caribe, y diversos programas de estudios graduados de la UPR.

Pero sin duda su mejor legado fue traer a la Universidad los mayores talentos de Puerto Rico y del exterior para enriquecer los claustros universitarios. Benítez fomenta las artes, abriendo la Universidad de Puerto Rico a la ópera, el teatro, el Festival Casals, a las colecciones de gráfica del Museo de Arte Moderno, a los diseños arquitectónicos de Henry Klumb, al genio muralista de Rufino Tamayo. Nombra poetas, escritores o Artistas Residentes de la UPR como Juan Ramón Jiménez (todavía subsiste la Sala Zenobia y Juan Ramón con manuscritos, cartas...) y en la UPR ofreció Juan Ramón su gran curso sobre el Modernismo, donde dice: *El Modernismo era el encuentro de nuevo con la belleza, sepultada durante el siglo XIX por un tono general de poesía burguesa*). También Pedro Salinas dictó allí el suyo sobre 98 y Modernismo. Además del poeta de Moguer, también gozaron de este nombramiento los escritores y pintores Luis Palés Matos, Evaristo Ribera Chevremont, Francisco Matos Paoli, Jorge Mañach, Juan Bosch, Julio Rosado del Valle, y Francisco Rodón.

Benítez inicia la red de colegios regionales de la UPR, fundando los colegios de Humacao, Cayey, Arecibo y Ponce en la década del sesenta. Cabe destacar

que, además, Zenobia Camprubí y Juan Ramón también se asentaron en nuestra Universidad, en 1951, después de haber visitado la Argentina en 1949, y luego de una corta temporada en Puerto Rico en las Navidades de 1950, deciden permanecer en la Isla. Toda esta gran obra lleva a que finalmente se nombra a Jaime Benítez Presidente de la Universidad, posición que ocupó hasta 1971.

En 1953 fundó y dirigió con Francisco Ayala la revista *La Torre,* que continúa saliendo. Benítez formó parte de la Asamblea Constituyente, encargada de la redacción de la Constitución del Estado Libre Asociado de Puerto Rico. Digamos que estos son los datos más conocidos. Lo más importante, y lo que quiero destacar, es sin duda que su proyecto de reforma universitaria estaba inspirado en *Misión de la Universidad*, ensayo de su maestro José Ortega y Gasset. Lo que quiero subrayar es su admiración y respeto por el filósofo español, véase en particular su estudio *Political and Philosophical Theories of José Ortega y Gasset (1939)*, y las obras *La reforma universitaria, Ética y estilo de la Universidad* y *La universidad del futuro*. *Educación y democracia en Puerto Rico* (1947); *La escuela y los problemas económicos* (1947); *Apuntes para una ética del maestro* (1948); *Signo y misión de nuestra universidad* (1954); *Junto a la Torre: Jornadas de programa univer*sitario (1942-62); *La casa de estudios sobre la libertad y el orden en la UPR* (1963) y *Sobre el futuro cultural y político de Puerto Rico* (1966), que revelan la deuda con Ortega. Benítez recibió varios doctorados Honoris Causa en Derecho por las siguientes universidades: Universidad Interamericana de Puerto Rico en San Germán (1950), Universidad de Nueva York (1960), Universidad de Fairleigh Dickinson (1961) y la Universidad Católica de Puerto Rico (1965).

De estudiante, le veía pasar muchas veces por la Torre (donde estaba su despacho), o caminando por los jardines de la Universidad, o sencillamente en su residencia, que estaba también en los jardines. Años después sería invitada por Don Jaime (como lo llamábamos), a un cóctel en su casa en honor al hispanista don Joaquín Casalduero.

He subrayado la deuda de Benítez con Ortega, y en las ideas del filósofo español está concebida la facultad de Estudios Generales, todavía vigente. Pero Benítez nunca consiguió que su admirado Ortega fuera a Puerto Rico, aunque se vieron en Norteamérica, según cuenta José Ortega Spottorno –hijo de Ortega-- en *El País* (08/06/2001*)*. En su artículo necrológico reproduce unas palabras de Benítez pronunciadas en un homenaje a Ortega en Río Piedras, el 6 de diciembre de 1955, dos meses después de su muerte:

> Conocí a don José Ortega y Gasset en un pintoresco y deshabitado pueblecito del lejano Oeste de Estados Unidos. (...) Bajo la inspiración de Robert Hutchins y el patronato de la Fundación Ford, se celebró en Aspen, Colorado, en junio de 1949, el primer centenario de la muerte de Goethe, con el concurso de gran parte de la intelectualidad de Norteamérica y la participación destacada de Albert Schweitzer y José Ortega y Gasset. Era su primer y único viaje a Estados Unidos. Por mi parte, iba exclusivamente a verle cara a cara. Entre los vivos, era la persona a quien más debía intelectualmente, y le guardaba esa gratitud especial que sienten los discípulos por sus grandes maestros. (...)
>
> Concurría a Aspen, en el verano de 1949, con gran expectación y alguna angustia. ¿Cómo resultaría todo aquello? (...) Pero el encuentro fue feliz, cordial y sin tropiezos. Ortega estuvo sumamente generoso, y él, Emilio Belaval y yo trabamos gran amistad. La conferencia

> nos preocupaba a todos: bajo una carpa de lona, ante cinco mil espectadores, de los cuales no más de diez hablaban español, y luego de unas palabras de Hutchins, Ortega se adelantó al proscenio. Nunca he visto un público atender mejor a orador alguno que el que escuchó, sin entender lo que decía, la voz acompasada y limpia del filósofo español. La traducción —párrafo a párrafo— de Thorton Wilder fue excelente, obligando al auditorio casi a pensar en español.
>
> (...) Dejamos concertado un próximo viaje a Puerto Rico fijando plazo y tema. Fue posponiéndose por diversos motivos. La Fundación Ford también le apremiaba para que regresara en viaje más extenso a Estados Unidos. Interesaban nombrarle consultor general. (...) Pero Ortega no contestaba cartas. Ya la muerte le rondaba. (...) Al enterarme de su gravedad, quise ir a Madrid. (...) El día que iba a ser de mi partida llegó el cable de su muerte.

Ortega nunca llegó a visitar Puerto Rico, pero sí su gran discípulo Julián Marías, quien a partir de 1951 continuó la obra de su maestro, y solía visitar la UPR una vez al año para dar un seminario o cursillo, a uno de los cuales tuve el gusto de asistir por los años 1954 ó 1955. Solíamos llamar a ese mes, *El mes de Marías*... Inspiración de Ortega a su vez fue el Departamento de Humanidades, que dirigió el exiliado Don Sebastián González Martínez, y en el que participé como estudiante. Ya he escrito en varias ocasiones que ésa fue la Edad Dorada de la Universidad, con un elenco de profesores extranjeros y autóctonos que formaron generaciones de jóvenes estudiosos.

Quiero subrayar, ante todo, la idea de Ortega sobre la labor de la universidad en la sociedad que tanto influyó en el Rector puertorriqueño. Para Ortega la función primera y central de la universidad es la enseñanza de cinco grandes disciplinas culturales:

1. Física - Imagen física del mundo.
2. Biología - Los temas fundamentales de la vida orgánica.
3. Historia - El proceso histórico de la especie humana.
4. Sociología - La estructura y funcionamiento de la vida social.
5. Filosofía - El plano del Universo.

La meta de Ortega es humanizar al científico y a la vez separar profesión y ciencia, es decir, separar la enseñanza profesional y la investigación científica. Sostiene que la universidad tiene que enseñar, transmitir, inyectar y digerir lo que produce la ciencia. Estrechamente relacionada con estas cinco disciplinas culturales tenemos la idea orteguiana acerca del desarrollo de lo que se llama su "Facultad" de Cultura, que, según Ortega, tiene que ser el núcleo de la universidad. El trozo que sigue demuestra cómo relaciona la primera de las disciplinas ya citadas, así como su talento integrador:

> Cada una lleva dos nombres. Por ejemplo, se dice "Imagen física del mundo" (Física). Con esta dualidad en la denominación se quiere sugerir la diferencia que hay entre una disciplina cultural, esto es, vital, y la ciencia correspondiente de que aquélla se nutre. En la "Facultad" de Cultura no se explicará Física según ésta se presenta a quien va a ser de por vida un investigador fisicomatemático.
>
> La física de cultura es la rigorosa síntesis ideológica de la figura y funcionamiento del cosmos material,

> según éstas resultan de la investigación física hecha hasta el día. Además, esa disciplina expondrá en qué consiste el modo de conocimiento que emplea el físico para llegar a su portentosa construcción, lo cual obliga a aclarar y analizar los principios de la Física y a escorzar breve, pero muy estrictamente, su evolución histórica. Esto último permitirá al estudiante darse clara cuenta de lo que era el "mundo" hacia el cual vivía el hombre de ayer y anteayer, o de hace mil años, y, por contraste, cobrar conciencia plena de la peculiaridad de nuestro "mundo" actual, escribe Robert Corrigan. (www.filosofia.org/ave/001/a064.htm)

Hasta aquí el proyecto educativo de Ortega.

Esta síntesis orteguiana nos permite percibir que la Universidad de Puerto Rico se instituyó con las ideas directrices de lo que hubiera sido la universidad en la II República en España; República, que como ya se ha advertido en numerosas ocasiones, le otorgó un valor considerable al saber, a la apuesta por el saber como base de la democracia, al mismo tiempo que defendió la autonomía universitaria. Este es justamente el punto de diferencia entre Ortega y Benítez.

A mí me hace pensar que esa Edad de Oro que viví en la Universidad de Puerto Rico tiene una gran afinidad con esos vastos proyectos de los liberales republicanos, que Jaime Benítez supo adaptar para un nuevo proyecto de futuro. Ojalá y algo de este propósito siga aún vigente, en particular esa Facultad de Cultura, tan necesaria en la época de la globalización más orientada hacia el tener que hacia el saber. Con estos ideales y aspiraciones, mi generación está en deuda, viví y me inicié en el saber en una universidad que surgía para dar respuesta a los nuevos retos.

No puedo dejar de lado que Heidegger planteará pocos años después de Ortega, que el compromiso político fácticamente asumido por los filósofos plantea la cuestión de saber de qué manera la filosofía tiene que relacionarse con la política si desea asumirla razonablemente. Este fue el propósito de sus *Escritos sobre la universidad alemana* (1933-34), que finaliza con el temor de una universidad que perderá entonces toda autonomía ante el poder político, como en efecto ocurrió en Alemania. Y éste fue para mí el proyecto orteguiano que guió a Benítez, y tal vez con el tiempo, y con los cambios sociales, este proyecto haya caducado y sea necesario re-crear la Universidad para el mundo contemporáneo. Ésa sería la labor hoy, apoyada en lo mejor de esa experiencia de un pasado que tanto tiene de aleccionador.

Barcelona, 2008

Creación Literaria

La casa del almohadón
(cuento)

José A. Rabelo Cartagena

No sé cuándo se inició esa obsesión. A veces me pregunto si fue al leer a Quiroga. Tal vez comenzó al ver la casa de los personajes de mi película, aunque por respeto debí haber escrito, los personajes del cuento. "*La casa en que vivían influía en sus estremecimientos*", había escrito el cuentista. También ese estremecimiento rondó mis carnes con cierta insistencia al ver la blancura de sus paredes de estuco y la enredadera que se apoderaba de la fachada. Sin duda era la localidad adecuada.

–Podemos buscar otra casa –aseguró mi productor.

–No. Tiene que ser aquí.

Aunque no había frisos, columnas ni tampoco estatuas de mármol, el verdor de su patio silencioso podría enmarcar la evolución de mi Alicia, (de nuevo pido perdón) de la Alicia de Quiroga.

–Debes preguntar si nos dan permiso –sugerí al productor.

–No me atrevo.

Rondó la posibilidad de un no que asesinara mi proyecto en estado fetal. Este ejercicio cinematográfico se animaba como iniciador de otros cortometrajes. La realización del cuento de Horacio nos daría credibilidad. No estaría de más la experiencia adquirida con el equipo de luces prestado. Aprenderíamos nuevas destrezas con un libreto corto.

Las posibilidades eran muchas: un no, un tal vez, un no sé, otro no me atrevo y así estaríamos leyendo durante muchos párrafos.

–Si le preguntamos al jefe de la guardia universitaria –sugirió Javier, el productor– tal vez no tengamos problemas.

Pensamos que tal alternativa no sería factible. En los últimos días hubo un exceso de seguridad, una paranoia tipo guerra fría, por no sé qué asunto intrínseco de la institución.

–Nos harían llenar papeles –aseguró mi productor– firmar documentos y hasta nos solicitarían un seguro para protegerlos en caso de accidente.

–Podíamos pedir información y hasta un empujón de influencia a uno de los profesores de español –fue mi sugerencia.

–Nos verían como locos. "Esos son los chicos de Hollywood", dirían. Patético. Nos bautizarían como los buscadores de un Oscar o de una Palma de Oro.

–Los jibaritos fílmicos, los mendigos del video VHS, los pordioseros de las luces prestadas o de seguro nos llamarían los soñadores del torito.

Horacio Quiroga, ¿por qué escribiste este cuento que ha inflamado nuestra imaginación? Thomas Edison, ¿por qué fuiste precursor de la cinematografía? Padres nuestros, ¿por qué nos engendraron tan lejos de una cámara de cine?

No paramos de pensar y atar teorías inconexas por un rato hasta que Javier sugirió su idea.

–Tocamos la puerta. A quien salga le planteamos nuestra inquietud. Queremos grabar un cortometraje. Se titula *El almohadón de plumas* y está basado en un cuento de Horacio Quiroga. Pensamos terminarlo en dos días. El domingo por la noche no estaremos en su casa. Traeremos nuestra comida y agua. Incluso pueden estar con nosotros y ver cómo experimentamos con todo el equipo que hemos adquirido prestado.

La idea no estaba mal, pensé, pero todo ese planteamiento confundiría a la persona.

–Mejor le debemos plantear el problema así: ¿puede prestarnos la casa para grabar un cortometraje? –fue el resumen que le sugerí.

Mi productor se encaminó hacia la casa. Subió dos escalones. Nunca lo había visto tan decidido. Se detuvo. Regresó a mi lado.

–Todavía no me atrevo. Quizás la casa está sola. Alguien nos puede ver y pensar que queremos robar. Nos arrestan y mi carrera de maestro se va por el inodoro. Sabes cómo corren los chismes en este país. "Estudiante de pedagogía intenta robar en casa de la rectora de reconocida institución universitaria. Personas que lo conocen aseguran que se trataba de una venganza por maltratos en el salón de clases". Lo veo en letras rojas y en primera plana.

–Deberías visitar un loquero. Exageras demasiado. Si no hubiéramos perdido tanto tiempo, ya estaríamos a mitad de la grabación. Olvídate, yo preguntaré.

–No vayas.

–No te interesa nuestro proyecto. Estás aquí para sabotear todo lo hecho hasta el momento.

–No es eso. Sabes que yo te di la idea. Yo te ayudé a escribir. Yo conseguí a los actores. Si no me hubiera interesado te aseguro que estaría durmiendo en casa de mi novia.

–¿Qué te pasa?

–Gagueas cuando te pones nervioso. Eso denota inseguridad. No te creerán y ahí, frente a esa puerta, este proyecto se caerá.

Medité por unos instantes.

–Vamos a tomarnos un refresco. Nos relajamos un rato y luego regresamos.

Así lo hicimos. Dos Coca-Colas fueron testigos de nuestra discusión.

–Debemos olvidarnos de esto –me dijo. Cuando terminemos de estudiar y tengamos casa podremos grabarla allí sin pedir permiso.

–En la tuya o en la mía.

–Grabamos los exteriores en tu casa y los interiores en la mía.

– O viceversa. Buena idea.

–¿Cuánto tendríamos que esperar?

–Cuatro o cinco años.

Nos miramos.

–El arte es como el amor –aseguró Javier–. En algunas ocasiones se espera por muchos años antes de ser correspondido.

–También el arte es como la sed, ¿esperas tres años para tomar agua?

Volvimos a la casa de la rectora.

–Yo voy primero –sugirió Javier. Tú me sigues. Yo toco la puerta. Yo saludo. Saludas después. Le explico en forma breve. Grabamos. Editamos. Invitamos a todos nuestros amigos a ver la película. A todos les gusta. Nos invitan a un festival. Ganamos. Nos dan fondos para hacer otra. Le gusta a todo el mundo. Ponemos el cine de Puerto Rico en el mapa mundial y en la historia. Abrimos nuestro estudio. Nos olvidamos de nuestras carreras: tú de la medicina y yo del magisterio. El resto lo veremos algún día.

–Entonces, muévete.

Subimos los escalones desde la acera. Recorrimos por un pasillo de arbustos. Llegamos a la puerta. Javier tocó. No tardó mucho para que la abrieran. Un anciano con la vitalidad de un joven apareció. Agradable fue su apariencia ante nosotros. Nos llenó de confianza.

–Pasen –dijo don Jaime Benítez.

Le explicamos nuestras intenciones.

–Tómense un jugo.

Nos lo sirvió.

–Vengan conmigo a ver la casa.

Los pasillos, las puertas, las obras de arte, el patio, los espejos, las habitaciones y la arquitectura en general se prestaban para crear nuestra versión.

–*El almohadón de plumas* es uno de mis cuentos predilectos.

Lo leímos. Lo discutimos.

–No estaremos este fin de semana, pero la casa es suya. Pueden usarla para su película.